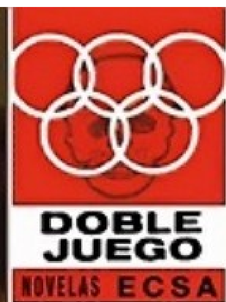
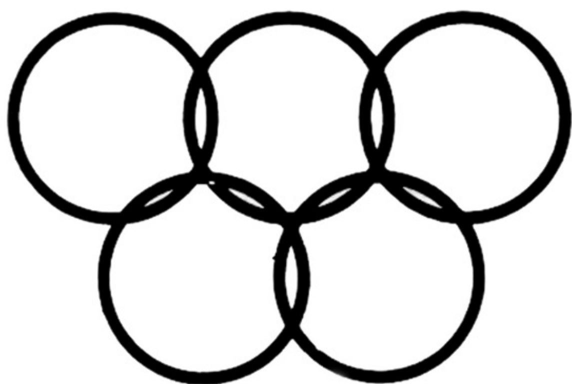


CADA HOYO UN MUERTO

Alan Parker



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALAN PARKER

CADA HOYO UN MUERTO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 22
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 23.978-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1982
2.ª edición en América: febrero. 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES. S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

El primer asesinato ocurrió del siguiente modo:

El campeón italiano de golf Guido Veloso, llegó a París el día 24 de abril para participar en un torneo.

Guido era un tipo muy seguro de sus posibilidades y estaba convencido de vencer sin ninguna dificultad a los participantes de aquel torneo incluido naturalmente su peor enemigo, el canadiense Fred Corben.

Guido y Fred se odiaban.

Y aquella enemistad tenía su origen dos años atrás cuando Fred ganó el torneo open «Marlboro» de Bélgica y Guido le acusó de que había sido por «casualidad». El italiano hizo aquellas despectivas declaraciones durante una fiesta que se celebró al finalizar dicho torneo y ambos se liaron a tortazos ante más de cincuenta invitados.

Desde entonces, Guido y Fred se convirtieron en enemigos implacables. A la menor ocasión se dedicaban grandes «elogios» y si alguna vez coincidían en algún torneo, los organizadores se echaban a temblar.

La llegada a París de Guido Veloso no pudo ser más espectacular. Bajó del avión acompañado por una impresionante mujer de cabellos rubios y les dijo a los informadores que era su «secretaria». Luego se echó a reír a carcajadas.

—¿Alguno de ustedes sabe si ya ha llegado ese payaso de Corben? —les preguntó después a los periodistas.

Uno de ellos le respondió que todavía no lo había hecho a lo que Guido añadió:

—A lo mejor no se presenta para no tener que enfrentarse conmigo. Debe tener miedo a que le deje en ridículo.

Aquella misma noche, cuando Fred Corben llegó a París, los periodistas se apresuraron a informarle de las declaraciones que había hecho Guido.

Corben no se inmutó. Simplemente dijo:

—Lo que ocurre, amigos, es que ese maldito italiano está

chocheando. Me pregunto para qué se habrá traído a esa rubia. Debe ser para que le lleve los palos porque para otra cosa…

Naturalmente, Guido no tardó en enterarse de las palabras de su feroz enemigo y explotó gritando:

—¡Ya le enseñaré yo a ese mamarracho si estoy chocheando!

Desgraciadamente, aquella noche coincidieron en la cena que los organizadores del torneo ofrecieron a los jugadores y a la prensa. Cuando Guido se presentó con su impresionante rubia, Fred ya se encontraba allí compartiendo la mesa con dos compatriotas. El italiano se fue directamente hacia Corben.

—¡Mañana te demostraré quien chochea de los dos! —le gritó—. ¡Te voy a dar tal paliza que no la olvidarás en toda tu vida!

—No eres más que un bocazas, Guido.

—¿Lo han oído todos? —vociferó el italiano—. ¡Me está insultando!

—Yo no te he insultado. Simplemente te he dicho que eres un bocazas. Y ahora lárgate y déjame en paz.

La rubia se acercó a Guido y le agarró de un brazo.

—Vámonos, cariño —le dijo—. ¿No ves que quiere provocarte?

El italiano se retiró murmurando:

—Ya le daré yo mañana a ese…

Al día siguiente el campo estaba abarrotado de público. Guido consiguió una rápida victoria sobre su contrincante. Sus golpes fueron mucho más certeros y consiguió varios espectaculares hoyos. Fred se había puesto bastante nervioso y falló en varias jugadas, lo que provocó las burlas de su feroz enemigo.

Pero de repente, Guido también empezó a fallar. Todo comenzó cuando en uno de los tiros la pelota desapareció en una de las lagunas. Sin embargo, Corben logró superarla y por primera vez logró una mejor puntuación que el italiano.

A partir de ahí Guido no dio una a derechas. Afortunadamente para él, empezó a llover con fuerza y la partida se suspendió.

Aquella noche, Corben manifestó irónicamente a los periodistas que había querido darle un poco de ventaja a Guido pero que al día siguiente iba a dejarle en ridículo.

Guido estaba furioso. Iba arriba y abajo de su lujosa habitación mientras afuera diluviaba y la rubia se entretenía en hacerse la manicura.

—¡No comprendo cómo he podido fallar aquel tiro! ¡*Porca miseria*!

—Cálmate, cariño —murmuró la rubia—. Te va a coger un infarto.

Al día siguiente, la ventaja de Corben fue en aumento. No fallaba ni uno solo de sus golpes mientras que Guido necesitó tres para meter una pelota en el hoyo. A medida que iba avanzando la partida, el canadiense jugaba cada vez mejor mientras que el italiano cometía un error tras otro. A veces daba la impresión de ser un principiante.

Los periódicos deportivos empezaron a dar como campeón al canadiense. Aquello aún puso más nervioso a Guido quien en un ataque de histerismo se emborrachó en su habitación y gritó que mataría a Corben. Cuando la rubia quiso calmarle, el italiano la abofeteó y salió dando un portazo.

Al regresar dos horas más tarde, la rubia había desaparecido.

Guido, en un lamentable estado de embriaguez, la buscó por todo el hotel y cuando el conserje le dijo que había salido acompañada de Corben, casi le coge un ataque.

—¡Que ese puerco se la meta en el culo! —gritó delante de todos. Luego, desapareció.

La partida del día siguiente no pudo ser más catastrófica para el italiano. A pesar de su esfuerzo por mantenerse sereno, no lo consiguió del todo y aunque procuró calibrar cada uno de sus golpes, Corben le superó una vez más. Cada vez que el canadiense golpeaba la pelota, parecía que esta supiese exactamente el camino que tenía que seguir para caer lo más cerca posible del hoyo.

Guido estaba deshecho. Se daba cuenta de que tenía la partida perdida, de que aquel maldito canadiense le iba a dar la mayor paliza de toda su vida. ¡Y encima le había birlado a la rubia!

El italiano centró toda su atención en aquel golpe. Le dio con fuerza a la pelota y esta salió disparada.

Guido se llevó una mano en forma de visera a la frente para observar la trayectoria de la misma. Vio que, desgraciadamente para él, había caído entre unos matorrales.

Dejó escapar una maldición y se dirigió lentamente hacia allí seguido de su *caddy*.

Pero no solo encontró la pelota.

Había algo más.

El cadáver de Fred Corben.

* * *

El inspector de policía Pierre Clotin, un individuó de sesenta y tres años y que fumaba una pestilente pipa, miró a todos los reunidos en uno de los salones del hotel. Se encontraban allí la totalidad de los jugadores que participaban en el torneo, los organizadores del mismo y la rubia que no cesaba de llorar en un rincón y de gimotear que «Fred era un santo». Guido le echaba de vez en cuando una furiosa mirada.

—Así que fue usted quien descubrió el cadáver —dijo el inspector con la pipa entre los dientes, dirigiéndose al italiano.

—Sí, inspector.

—Cuénteme cómo ocurrió.

—¿Otra vez?

—Otra vez... —gruñó el inspector.

Guido contó por tercera vez el relato de su descubrimiento.

El inspector arrugó la nariz, se quedó unos instantes pensativo y luego dijo:

—Usted y el difunto no eran muy buenos amigos, ¿verdad?

—No.

—Ajá... —el inspector tomó nota en un pequeño *block*—. ¿Cuándo vio al señor Corben por última vez?

—Diez minutos antes —respondió Guido.

—Es cierto, inspector —corroboró uno de los jugadores—. Yo estuve con ellos en el hoyo número once.

El policía se quitó la pipa de la boca para decir duramente:

—Conteste cuando le pregunte, señor...

—Adams. Gilberto Adams.

En aquel momento llegó un tipo escuálido y de rostro color ceniza. Se puso a hablar con el inspector en un tono muy bajo. Finalmente, este asintió con la cabeza y el individuo, que llevaba un viejo maletín, se alejó cojeando.

—Así que estuvo usted con la víctima diez minutos antes de su muerte —dijo el policía mirando a Guido.

—Yo no he dicho tal cosa —respondió de mala gana el italiano

—. He dicho que «había visto» a Fred diez minutos antes, no que «estuviera» con él.

—¿Y no es lo mismo?

—No. Por lo menos, en Italia.

Se escucharon algunas risas. El inspector ordenó:

—¡Silencio!

Clotin dio algunas nerviosas chupadas a la pipa. No iba a permitir que aquellos malditos ricachones se burlasen de él.

—¿Quién estuvo con la víctima antes de su muerte? —preguntó el inspector mirando a cada uno de los presentes. Repitió la pregunta dándole un nuevo enfoque—. ¿Quién pudo ser el último en estar con él?

—Posiblemente su *caddy* —respondió uno de los organizadores.

—¿Dónde está? —quiso saber el policía mirando a su alrededor.

—Le advierto que se trata de un muchacho de quince años —aclaró el mismo organizador.

—Un muchacho a esa edad también puede ser un asesino —gruñó Clotin. Luego exclamó—: ¡Que alguien vaya a buscarlo!

Un gendarme trajo a un chico pecoso y con el cabello revuelto.

—¿Estuviste con el señor Corben en todo momento, muchacho? —le preguntó el inspector.

—No, señor.

—¿Ah, no?

—El señor Corben se ausentó tres o cuatro minutos.

—¿Y sabes a dónde fue?

—Le esperaba la señorita —respondió el *caddy*, señalando a la rubia.

Los escrutadores ojos del inspector se dirigieron como dos cañones en dirección a la chica. Esta seguía con el pañuelo en la mano y de vez en cuando, hipaba.

—No me extrañaría que le hubiese matado ella —masculló Guido.

—¡Guárdese sus comentarios! —bramó el inspector—. ¿No tiene nada que decir, señorita?

—Bueno… verá… yo…

—Usted ¿qué? —apremió el policía.

—Fred… Fred vino a darme un beso.

Se escuchó una carcajada general.

—¡Silencio! ¿Y por qué diablos no lo ha dicho antes?

—Usted no me lo ha preguntado, señor inspector.

Se oyó otra carcajada mientras Clotin se mesaba los cabellos.

—Está bien —dijo pacientemente el policía—. Cuente lo que sucedió.

—Bueno... el día antes quedamos que yo le esperaría cerca del hoyo número catorce y que... bueno... vendría a darme un beso porque eso le daba buena suerte. La prueba era que le estaba dando una paliza al «spaghetti» ¿no?

Otra vez se escucharon risas.

Guido dejó escapar una maldición.

—¿Y quién diablos es el «spaghetti»? —quiso saber Clotin.

—El señor Veloso —respondió tímidamente ella.

El inspector lanzó una mirada al italiano y luego se dirigió de nuevo a la chica.

—Está bien, siga...

—Fred vino hasta donde yo me encontraba...

—¿Y dónde se encontraba?

—Ya se lo he dicho. Junto al hoyo número catorce. Me dio un beso y...

—¿Y qué?

—Y un pellizco en el trasero y se fue.

—¿Y ya no le volvió a ver?

—No.

—¿Y tú, muchacho? —le preguntó Clotin al *caddy*.

—No, inspector.

—Pero le buscaste, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Al ver que no aparecía fui en su busca y entonces me encontré con el señor Veloso. Estaba terriblemente excitado porque acababa de descubrir el cuerpo del señor Corben entre aquellos matorrales.

Clotin tomó algunas notas en su *block*, se quedó unos instantes pensativo y finalmente dijo, dirigiéndose a los presentes:

—Que nadie se mueva del hotel. Absolutamente nadie, ¿está claro?

Uno de los organizadores se puso en pie.

—Señor inspector, ¿podemos proseguir con el torneo? Ya sé que mi comportamiento parece un tanto materialista dadas las

circunstancias, pero este es un torneo muy importante y en el que hay muchos millones en juego…

—Tendré que consultarlo con mis superiores.

—¿Y cuándo sabremos algo?

—Mañana.

Clotin se alejó rápidamente. Tenía sus propias ideas sobre el caso e iba a exponérselas a su superior, el Comisario Alain Fabré.

* * *

Alain Fabré era un apuesto policía de treinta y seis años. Poseía una brillante carrera y era un enamorado del golf. En su sórdido despacho de la comisaría, tenía varias copas ganadas en distintos torneos *amateurs* y un panel de pared estaba totalmente ocupado por fotografías de los grandes campeones del mundo en plena acción.

Y entre esos campeones estaba Severiano Ballesteros, la gran figura española.

La fotografía tenía esta dedicatoria:

«Al moderno Maigret de su buen amigo».

Fabré levantó la cabeza de aquellos documentos que tenía entre las manos cuando alguien llamó a la puerta de su despacho.

—Adelante —dijo Alain.

Al ver a Clotin dejó escapar un disimulado bufido. Aquel tipo le ponía nervioso. Era un policía bastante eficaz pero poco imaginativo y se las daba de saber más que nadie.

—Creo que ya tengo resuelto el caso, comisario —dijo nada más entrar.

—Ante todo, ¿a qué caso se refiere, Clotin? —preguntó Alain encendiendo un cigarrillo.

—Al del asesinato de Fred Corben. Ya sabe, el jugador de golf.

—¿Ah, sí? —el comisario se echó hacia atrás en su asiento—. Está bien, Clotin. Veamos sus brillantes conclusiones.

—El señor Corben y el señor Veloso, se odiaban. Incluso en alguna ocasión se habían amenazado públicamente. Lo más lógico sería pensar que Veloso, ciego de rabia porque su contrincante le

llevaba una sustanciosa ventaja en el torneo «Marlboro»...

—¿El torneo «Marlboro»? —interrumpió el comisario—. ¿De qué está hablando? El nombre del torneo que se está celebrando en este momento no se llama así, Clotin. Se llama «Campeonato open de golf de París».

—¿De dónde habré sacado ese nombre? —preguntó muy contrariado el inspector consultando su *block*.

—Seguramente de la fecha en que arranca la enemistad existente entre la víctima y Guido Veloso y que ocurrió durante el torneo open patrocinado por «Marlboro» hace dos años en Bélgica.

—Sí, debe ser eso —respondió humildemente el inspector—. La verdad es que no estoy muy al corriente del golf, comisario. Lo mío es el fútbol, como ya sabrá.

—¿Qué más, Clotin? —preguntó Alain sin perder la paciencia.

—Bueno, creo que Veloso tenía motivos para asesinar a Corben. Le odiaba porque le estaba ganando y le había dejado en ridículo y porque le había quitado a su amiguita. Sin embargo, yo no creo que haya sido el italiano.

—¿Y por qué cree eso, Clotin?

—Porque, según he podido comprobar, Guido Veloso se hallaba bastante lejos del lugar donde fue hallado el cadáver de Corben y no tuvo tiempo material del asesinato. Sin embargo...

—Siga...

—Pudo hacerlo la amiguita de Corben, la rubia esa. Ella misma ha confesado que fue la última en verle. Corben le había pedido que le esperase junto al hoyo número 14.

—¿Para qué?

—Para que le diese un beso.

—¿Qué?

—Corben aseguraba que eso le daba buena suerte, así que la víctima se dirigió hacia dicho hoyo dónde estaba esperándole la rubia y esta le mató golpeándole repetidas veces la cabeza con un palo de golf.

—¿Y por qué diablos querría esa rubia asesinar a Corben? —preguntó extrañado el comisario.

—Por dinero, desde luego.

—¿Por dinero? Clotin, creo que está usted en un error. Para la rubia, Corben valía más vivo que muerto, ¿no le parece? Además,

¿cómo se explica que asesinase a su amigo y luego lo arrastrase más de cien metros sin que nadie la viese. Sus deducciones no son correctas.

El inspector se quedó muy compungido.

El comisario se puso en pie y dijo:

—Yo me haré cargo del caso, Clotin.

CAPÍTULO II

El segundo asesinato ocurrió del siguiente modo:

Alex Norman era un poderoso hombre de negocios que tenía sus oficinas en la Quinta Avenida de Nueva York. Tenía treinta y dos años y era un tipo bastante apuesto que sentía una gran predilección por las pelirrojas.

Su secretaria era pelirroja, las nueve muchachas que trabajaban en la oficina principal eran pelirrojas y su amante, la modelo Chris Wilson, también era pelirroja.

Norman era un hombre bastante ocupado debido a sus negocios y también a los múltiples viajes que se veía obligado a hacer debido a su condición de campeón de golf. Se había enfrentado a las mejores figuras del mundo con bastante éxito. Su último triunfo era la conquista del campeonato de *masters* celebrado dos meses antes en los *links* de Virginia.

Dedicaba dos horas diarias a entrenamiento. Socio honorario del «Club de Golf de Nueva Y orlo», se levantaba diariamente a las ocho de la mañana y acudía al *link* del club para ejercitar. Para Norman solo existían dos placeres en esta vida: el golf y las mujeres bonitas.

Aquella noche después de cenar en su lujoso apartamento, se tumbó en el lujoso sofá que había frente a la chimenea y se puso a leer el periódico.

Su mayordomo, un japonés llamado Tamura, le trajo un vaso de *whisky* y mientras Norman lo paladeaba, leyó la noticia de la muerte de Fred Corben.

La noticia le afectó profundamente puesto que eran viejos amigos y habían participado juntos en muchos campeonatos. Recordó que la última vez que lo habían hecho, fue hacía tres meses en Florida durante el open «Bahía» y bajo el patrocinio de la firma Ford. En aquella ocasión, Fred le venció por tres golpes.

Norman arrojó el periódico sobre la moqueta y se quedó pensativo preguntándose quién podría haber tenido algún interés en asesinar a Corben, cuando sonó el timbre de la puerta. Tamura

acudió presuroso a abrir.

—Buenas noches, señorita Wilson —saludó el mayordomo haciendo una leve inclinación con la cabeza.

—Hola, Tamura —dijo la modelo, penetrando en el salón. Era una espléndida mujer de largas piernas y de insinuante cuerpo.

Chris se sentó junto a Norman y le besó en los labios. Apreció la frialdad de él y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, cielo?

Norman le contó lo que acababa de leer en el periódico.

—Era un buen tipo —añadió—. No entiendo por qué le han asesinado. Que yo sepa no tenía enemigos.

—Eso nunca se sabe —se apresuró a decir ella quitándose la chaqueta y arrojándola sobre una silla—. Podía tener varios y tú no saberlo.

—Quizás tengas razón, pero Corben no era de esos que se crean problemas. Era un hombre de costumbres sencillas y cuya única pasión era el golf. Trabajaba como abogado para una importante firma de Quebec.

—¿Has leído lo que dice aquí? —preguntó la modelo que tenía el periódico entre las manos—. Me refiero a la declaración de la mujer.

Norman esbozó una sonrisa.

—Bueno, Corben era un poco maniático. Debió pensar que los besos de ella le traían buena suerte y por eso le pidió que le esperase junto al hoyo catorce.

—¿Y qué me dices de ese italiano? —preguntó la modelo mientras leía el relato del crimen.

—¿Guido? Él y Corben no se podían ni ver. Pero si estás pensando que Veloso es el asesino, olvídalo.

—¿Por qué? Es quien tiene más motivos, ¿no?

—Precisamente por eso. Fíjate que el asesino suele ser aquel que tiene «menos motivos».

—Eso solo suele ocurrir en las novelas policíacas. En la realidad ya es distinto. Hay más lógica.

Norman la obligó a dejar el periódico y la rodeó entre sus brazos y después la besó en la boca.

—Será mejor que nos acostemos —dijo él—. Mañana he de madrugar para ir al entrenamiento.

Y mientras se dirigían al dormitorio, ella empezó a despojarse de la blusa.

* * *

La modelo le dejaba siempre exhausto.

Era una mujer terriblemente apasionada y ardiente y después de hacer el amor, Norman solía quedarse profundamente dormido como un bebé. Pero aquella noche no sucedía así.

Empezó a dar vueltas y más vueltas en la cama. De repente le había asaltado un extraño presentimiento, como si fuera a ocurrirle algo trágico en cualquier momento. Era una angustia que no había experimentado jamás y que no le permitía conciliar el sueño.

Apartó el desnudo y hermoso cuerpo de Chris procurando no despertarla y saltó de la cama. Se dirigió al salón, encendió un cigarrillo y se sirvió una buena ración de *whisky*.

¿Qué diablos le estaba pasando? ¿A qué era debida aquella extraña inquietud y aquella angustia? ¿Se habría afectado excesivamente por el asesinato de su buen amigo Corben?

La modelo apareció poco después en el salón completamente desnuda.

Norman al verla murmuró:

—Lamento haberte despertado.

—En realidad, cuando te has levantado, no dormía, Alex.

—¿Te ocurre algo?

—¿Y a ti?

—No sabría explicártelo, nena —respondió él abrazándola—. Pero de repente me ha entrado una inexplicable inquietud, un nerviosismo incontrolado...

—Como si fuera a ocurrir algo grave en cualquier momento... —añadió ella.

—Exactamente. ¿Cómo lo sabes, Chris?

—Porque a mí me ha sucedido lo mismo.

Alex Norman llegó al Club de golf a las ocho y diez de la mañana. Chris se empeñó en acompañarle. También ella era una buena aficionada a ese deporte y algunas veces jugaba contra su amigo. Naturalmente, siempre llevaba las de perder.

Se cambiaron de ropa y se dirigieron a los espléndidos *links*,

totalmente desiertos a esa hora de la mañana.

—Te hago una partida —dijo ella—. Sé que me vas a ganar, pero es el único modo de aprender.

—De acuerdo —respondió él—. Y para hacerlo más emocionante, te voy a dar cuatro golpes de ventaja.

—¡Ni hablar! —exclamó Chris—. No quiero ninguna ventaja. Prefiero perder dignamente.

Mientras la muchacha se disponía a dar el primer golpe, Alex, situado ligeramente detrás de ella, la contempló con detenimiento. Era una mujer espléndida. Jamás se cansaba de admirarla. Y se sentía orgulloso de que aquel cuerpo le perteneciese.

—¿Qué te ha parecido mi golpe, Alex? —preguntó la muchacha volviéndose con satisfacción.

Él se echó a reír.

—La verdad es que no me he fijado. Tenía toda mi atención puesta en tu hermoso trasero.

—¡Oh, Alex! ¡O juegas en serio o prefiero irme al bar!

—De acuerdo, de acuerdo. No te enfades. Vamos a ver ese golpe... Sí, no está mal...

—¿Es que ves la pelota? —preguntó ella, extrañada.

—Claro. ¿Tú no?

—¡No!

—¿No es aquella que hay junto al hoyo número 6?

—No, Alex.

—Entonces, ¿qué diablos hace ahí esa pelota? —preguntó Norman encaminándose hacia allí.

—¡Alex! —llamó ella de repente.

Norman se volvió.

—¿Qué sucede, cariño?

—No la toques. Déjala dónde está.

—No te comprendo. ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé...

—Tonterías —murmuró Norman y al llegar al número seis, oyó de nuevo el grito de ella.

—¡No la toques, Alex! ¡No lo hagas, por favor!

—Nena, pero si solo es una pelota —dijo Norman disponiéndose a golpearla.

—¡Alex, no!

Norman sonrió.

—Tengo que hacerlo. Es una vieja costumbre. Cuando un jugador de golf encuentra una pelota en su camino, tiene que alejarla. Dicen que eso trae buena suerte.

Es posible que lo que acababa de decir Alex Norman fuese cierto. Sin embargo, él no tuvo demasiada suerte porque en el instante de golpear la pequeña pelota, tuvo lugar una explosión y su cuerpo saltó hecho pedazos.

* * *

El sargento Kowalsky tenía la costumbre de hurgarse los dientes con un palillo y ni siquiera ante la destrozada presencia de Chris, fue capaz de dejar de hacerlo.

Kowalsky era un huraño y un resentido y odiaba a los jugadores de golf porque según él todos eran «hijos de papá». Y que tenía razón a la vista estaba. Solo un «hijo de papá» podía tener una amiguita como Chris.

Kowalsky echó una última miradita a las hermosas piernas de la modelo antes de preguntarle:

—Y dice que usted le advirtió antes de golpear la pelota ¿eh?

—Así es, sargento… —murmuró Chris con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y cómo sabía que la pelotita iba a explotar? ¿Es usted adivina acaso?

—Era un presentimiento.

—¡Un presentimiento! —exclamó irónicamente Kowalsky—. Así que usted es capaz de presentir que una pelota de golf contiene un explosivo… ¡Fantástico!

—¡No se burle de mí, sargento! —gritó Chris—. ¡Yo no he dicho que presintiese que esa pelota contenía un explosivo! ¡Pero presentí que le iba a ocurrir algo a Alex! No me pregunte por qué.

Kowalsky volvió a hurgarse los dientes y luego, dando un rodeo a su mesa de despacho, se sentó en el cómodo butacón. Permaneció unos instantes pensativo mientras contemplaba a la muchacha y se decía que un tipo con su paga jamás podría tener entre sus brazos a una fulana como aquella.

—¿Sabe si el señor Norman había recibido alguna amenaza

últimamente? —preguntó de pronto.

—Creo que no.

—¿Solo lo cree?

—Bueno…

—Bueno, ¿qué?

—Hace un par de semanas tuvo que despedir a uno de los administradores de su empresa y este le amenazó con matarle.

El sargento se dispuso a tomar nota en un *block*.

—El nombre de ese administrador… —dijo escuetamente.

—Creo que se llama Tim Ferguson. La señorita Hammon podrá darle su dirección.

—¿Quién es la señorita Hammon?

—La secretaria del señor Norman.

—De acuerdo —dijo Kowalsky al cabo de un instante—. Puede marcharse. Sin embargo, no abandone la ciudad. Podemos necesitarla en cualquier momento.

—Pasado mañana tengo que salir hacia París, sargento.

—¿Es necesario?

—Soy modelo y me han contratado para trabajar allí durante diez días.

—De acuerdo. ¿Dónde se va a hospedar?

—En el Hotel Esplendid. Está en la Rue St. Honoré.

Cuando Chris abandonó el despacho, Kowalsky se dijo «No me fío de esa muñeca».

Y siguió hurgándose los dientes.

* * *

El comisario Alain Fabré sostuvo con firmeza el palo de golf, juntó los pies, se concentró en aquel golpe y le dio con fuerza y maestría a la pelota.

—¡Magnífico golpe, Alain! —exclamó su compañero Gaston mientras observaba con atención la trayectoria de la pelota.

Esta cayó a pocos metros del hoyo número nueve. Alain comentó:

—Muy mal tendrían que ir las cosas para que no te venciera en esta manga. Gaston.

—Te lo diré después de que haya tirado, querido Alain.

Gaston Pirou era un reputado abogado criminalista. Él y Fabré habían estudiado en la misma universidad. Después, eligieron distintos caminos profesionales pero sin apartarse de la criminología.

El golpe de Gaston dejó la pelota a pocos metros de distancia de la de Fabré.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó entusiasmado el abogado—. Aún no lo tengo todo perdido.

—Un golpe estupendo, Gaston —admitió el comisario y juntos se encaminaron hacia el hoyo número nueve. Detrás de ellos iba el *caddy* con la bolsa repleta de palos.

—¿Has leído «El mundo de los deportes» de esta mañana? —preguntó Gaston.

—No he tenido tiempo —respondió Alain—. ¿Dice algo interesante?

—¿Habías oído hablar de Alex Norman?

El comisario se volvió a su amigo.

—¿El campeón norteamericano de golf? Claro que sí. Tengo su fotografía en mi despacho. ¿Por qué lo preguntas?

—Ha muerto.

—¿Qué?

Gaston le contó lo que había ocurrido.

—Es extraño —murmuró Fabré.

—¿A qué te refieres?

—Es el segundo jugador de golf que muere en pocos días. Y por lo que acabas de contarme, parece ser que Norman también ha muerto asesinado.

—Sí, eso parece. ¿Quién es el otro?

—Fred Corben.

—¡Ah, sí! Lo había olvidado.

El comisario se colocó en posición de golpear la pelota y después de una leve concentración, le dio con suavidad. La pelota se deslizó suavemente por el bien cuidado césped y se metió en el hoyo.

Gaston no tuvo tanta suerte. Su golpe dejó la pelota al borde del hoyo y tuvo que repetir por lo que el comisario, había ganado aquella manga.

—Seguiremos otro día, Gaston —dijo de pronto Fabré entregándole el palo al *caddy*.

—¿Sucede algo?

—Acabo de tener un ataque de eso que se suele llamar «intuición policíaca» —respondió sonriendo el comisario.

Media hora más tarde entraba en su despacho y le pedía al inspector Clotin que le trajese todos los informes acerca del asesinato de Corben. El inspector regresó poco después con una carpeta que entregó al comisario.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó tímidamente Clotin.

Fabré echó un vistazo a los papeles que contenía la carpeta y luego miró a su subordinado.

—¿Durante el interrogatorio alguno de los jugadores pronunció el nombre de Alex Norman? ¿Recuerda ese detalle, Clotin?

El inspector se rascó la cabeza.

—No… no lo recuerdo… ¡Un momento! ¿Ha dicho Alex Norman?

—Sí.

—Creo que el italiano se refirió a él en una ocasión. Sí, ahora lo recuerdo perfectamente.

—¿Está hablándome de Guido Veloso?

—En efecto.

—¿Recuerda lo que dijo, Clotin?

—Bueno… creo que dijo que solo había dos personas a las que odiaba en este mundo; la víctima y ese Alex Norman.

—Y los dos han muerto —murmuró el comisario.

—¿Cómo? —preguntó Clotin que no había oído muy bien lo que había dicho su superior.

—No tiene importancia —dijo Fabré devolviéndola la carpeta a Clotin—. Ordene que intervengan el teléfono de Guido Veloso durante todo el tiempo que permanezca en París.

—Sí, comisario.

—Y quiero un informe diario de sus conversaciones.

—Sí, comisario.

—Puede retirarse, Clotin.

—Sí, comisario.

Aquella noche, Alain Fabré estuvo viendo la televisión después de cenar. Cuando iba a apagarla, dieron un reportaje de la edición de «Ultimas noticias» que le pareció muy interesante. Un periodista estaba haciendo un interviú a una modelo muy famosa en el aeropuerto de Orly. Aquella modelo se llamaba Chris Wilson y

había sido la novia del fallecido campeón de golf Alex Norman.

Puesto que Chris Wilson estaba en la ciudad, el comisario decidió ir a visitarla.

CAPÍTULO III

El tercer asesinato ocurrió del siguiente modo:

El campeón inglés de golf, Ted Williams, era un hombre terriblemente meticuloso y de mal carácter. No podía soportar perder una partida y si le ocurría alguna vez, no se le podía hablar en una semana. Su mujer sabía eso, así que cuando Ted regresaba a casa derrotado, ni siquiera le saludaba.

Williams participaba en un torneo que se estaba celebrando en Bristol y que patrocinaba una conocida firma hotelera. Participaban también otros conocidos jugadores, entre ellos el sudamericano González y el español Ballesteros.

Williams estaba de bastante buen humor porque las cosas le estaban saliendo bien. Aunque tenía que vigilar al español Ballesteros, que era segundo en aquel momento con 70 golpes. Pero Ted Williams estaba seguro de sus posibilidades y esperaba la segunda manga para derrotar al hispano.

Había gran número de espectadores a pesar de la fina lluvia que estaba cayendo y entre esos espectadores, se encontraba una amable y simpática viejecita muy elegante. Con una mano sujetaba un bastón y con la otra unos prismáticos para seguir de cerca el juego.

De repente se escuchó un murmullo de admiración cuando Severiano Ballesteros «colocó» la pelota a pocos metros del hoyo número trece después de un espectacular golpe a ras del *link*.

Williams arrugó la nariz. El «toreador» como él le llamaba, podía amargarle la fiesta. Ahora le tocaba al inglés demostrar que era capaz de mejorar lo que acababa de hacer el español. Williams se concentró como él solía hacerlo, es decir con la barbilla prieta contra el pecho, los ojos cerrados y musitando una vieja canción que aprendió en la escuela.

Le pegó con fuerza a la pelota, esta describió una parábola y fue a caer algo más atrás de lo que lo había hecho la del español. Williams gruñó, cambió de palo y se encaminó hacia allí.

En ese instante, la viejecita se alejó cojeando del público, dio un

rodeo al *link* y se metió por un oculto sendero. Pero entonces ya no cojeaba.

* * *

Mientras tanto, a muchos kilómetros de allí, el comisario Alain Fabré se presentaba en el hotel Esplendid.

—Quiero hablar con la señorita Wilson —le dijo al conserje.

—Lo siento, señor, pero tengo órdenes de no molestarla.

El comisario le mostró entonces sus credenciales. El conserje, que tenía un gran respeto por la policía, se puso en contacto con la habitación de la modelo.

La llamada sorprendió a Chris en el baño, a punto de tomar una ducha. Desnuda como había venido al mundo, descolgó el teléfono.

—¡Dígame!

—Un caballero desea hablar con usted, señorita Wilson.

—Ya le he dicho que no quiero hablar con ningún periodista.

—No se trata de un periodista, señorita Wilson. Se trata de un policía.

Chris se preguntó para qué querría hablar con ella un policía, pero como no podía negarse, dijo:

—Está bien, que suba.

Se puso una bata y encendió un cigarrillo. A los pocos segundos se oyó que alguien llamaba a la puerta de la habitación. Abrió y cuando vio a Alain Fabré se dijo que era el policía más guapo que había visto en su vida.

—Lamento molestarla, señorita Wilson —se excusó Alain, quien con un rápido vistazo, adivinó que debajo de aquella bata no había ni una sola pieza más de ropa.

—No tiene importancia —respondió ella. Chris se dio perfecta cuenta de la admirativa ojeada que le había dedicado el policía y no le desagradó en absoluto. Se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Ante todo, permita que me presente —dijo Alain—. Me llamo Fabré. Alain Fabré y soy el comisario de la sexta brigada.

—Tome asiento, comisario —le invitó ella.

Fabré se dejó caer en un butacón de color amarillento. Era cómodo, elegante y suave. Mucho más cómodo, elegante y suave que cualquiera de los que tenía en su sencillo apartamento de la

Rue Clarion.

Ella se sentó delante de él y cruzó las piernas y al hacerlo uno de sus muslos quedó ligeramente al descubierto, pero maldita la prisa que se dio en ocultarlo de nuevo.

—¿En qué puedo servirle, comisario?

«En muchas cosas» se dijo Fabré apartando sus ojos de aquel par de insinuantes senos que se adivinaban debajo de la bata.

—Comisario…

—¡Oh, sí! —exclamó algo aturdido Alain—. Señorita Wilson, no sé si estará usted enterada del asesinato de un jugador de golf llamado Fred Corben.

—En efecto, estoy enterada de ello. Precisamente la noche antes de la muerte de Alex lo estuvimos comentando.

—Verá, soy el encargado del caso y me gustaría que usted me explicara exactamente lo que ocurrió aquel día en el Club de Golf de Nueva York.

Chris le hizo un detallado resumen, procurando no olvidarse de nada aunque era un poco difícil concentrarse con aquel par de brillantes ojos azules mirándola sin cesar. La modelo sentía una especie de cosquilleo por todo el cuerpo. Aquello era algo que no le había ocurrido nunca con otro hombre.

—¿Y no le dijo su novio que él y Guido Veloso tampoco se llevaban bien?

—Nunca.

El comisario se puso de pie.

—Gracias por su información, señorita Wilson.

—¿Eso es todo, comisario?

—Es todo. Por cierto, ¿cuántos días va usted a quedarse en París?

—Diez, ¿por qué lo pregunta?

—Por si necesito volver a hablar con usted.

Ella dejó escapar una insinuante sonrisa.

—Creí que quería mostrarme la ciudad, comisario. Apenas conozco París.

—Lo haré encantado, señorita Wilson.

—¿Por qué no me llama Chris?

* * *

Ted Williams se había puesto en cuclillas con objeto de calibrar adecuadamente la posición de la pelota con respecto al hoyo número quince.

Estaba ligeramente desviada hacia la derecha, así que tendría que golpearla dándole un poco de efecto con la punta del palo. No era un golpe particularmente difícil, pero tenía que ir con mucho cuidado de no fallar. Aquel maldito «toreador» le estaba pisando los talones en la clasificación y no podía descuidarse. Llevarle dos golpes de ventaja a una figura como Ballesteros, no era gran cosa.

Agarró con firmeza el palo y llevó a cabo su particular ritual antes de darle a la pelota. Se había levantado una ligera brisa lo cual tampoco favorecía en nada la responsabilidad que tenía en aquel momento.

Golpeó con suavidad la pelota procurando darle un calculado efecto y esta pareció que se dirigía directamente hacia el hoyo y así fue pero no llegó a entrar. Se detuvo apenas a un par de centímetros del mismo.

Ted Williams dejó escapar una sonora maldición al tiempo que golpeaba rabiosamente con el palo el bien cuidado césped.

—Mala suerte, Ted —dijo a su lado el sudamericano González.

Williams gruñó algo ininteligible y golpeó la pelota con indiferencia para meterla en el hoyo número 15. Aquel había sido un fallo garrafal por su parte y sabía que Ballesteros no lo desaprovecharía.

De repente, pareció que un ser invisible acabase de darle un puñetazo porque Ted Williams salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas al suelo. Cuando sus compañeros, sorprendidos, se aproximaron a él observaron que tenía una gran mancha roja a la altura del corazón.

* * *

El inspector O’Brian de Scotland Yard, era un hombre de buenos modales, un auténtico *gentleman*.

Mientras sus hombres rastreaban los alrededores, él permaneció junto al cadáver de Ted Williams, cubierto con una manta, y muy cerca del número 15, preguntándose si el asesino habría empleado una pistola o un rifle. Lo que sí era evidente, era que había utilizado

silenciador. Miró en torno suyo. A unos ciento cincuenta metros había un bosque. Un magnífico lugar para apostarse y disparar sin ser visto.

El agente Clifford regresó poco después con un casquillo de bala.

El inspector O'Brian no tuvo dificultad en averiguar que se trataba de un proyectil disparado con una 38, posiblemente desde algún lugar de aquel bosque.

—Es evidente que el asesino es un gran tirador… —murmuró mientras hacía girar el casquillo entre sus dedos.

A excepción de aquel casquillo no se encontró nada más. Ni una miserable pista, ni la menor huella.

El inspector O'Brian, un profesional de gran experiencia, estaba seguro de que se encontraba ante un caso difícil.

* * *

El comisario Fabré se puso su mejor traje para salir con Chris Wilson. Fue a buscarla al hotel Esplendid a las ocho y media de una lluviosa noche y la llevó a cenar a un restaurante de Montmartre, el barrio de los artistas.

Alain se sentía un tanto cohibido junto a la modelo. Era sin duda la mujer más espectacular con la que había salido jamás y cuando entró con ella en aquel restaurante, todo el mundo se volvió para mirarles y es que el Comisario era bastante conocido allí.

—Mi bolsillo no alcanza para llevarla a otro sitio más lujoso —se excusó Alain después de haber ocupado una discreta mesa—, pero ya verá lo bien que se come en este lugar.

—¿Viene a menudo?

—Tres veces por semana desde hace muchos años.

—Es un lugar encantador —dijo ella.

—¿De verdad le gusta?

—Mucho. ¿Sabe una cosa, Alain? Es la primera vez en toda mi vida que ceno con un policía.

—Y yo la primera vez que ceno con una modelo —se rio él.

Luego, el comisario la llevó a una sala de fiestas que había en la calle Saint Vincent y en la que solo actuaban homosexuales. Era un local muy típico y divertido, donde la mayor parte de espectadores eran artistas.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando subieron al coche del comisario.

—Me gustaría ver dónde vives —le dijo ella.

Alain la miró.

—Es una vieja buhardilla convertida en un moderno apartamento. Desde una de las ventanas se ve la Torre Eiffel.

—Debe ser un lugar maravilloso.

—No tiene nada de maravilloso, Chris.

—¿Es que no quieres llevarme?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Hablemos claro, Chris. Mi paga de comisario no alcanza para según qué cosas. Quiero decir que no vale la pena que pierdas el tiempo conmigo. No puedo hacerte regalos ni nada de eso.

—¿Sabes una cosa, Alain? —la muchacha se había puesto repentinamente seria—. Eres un tipo odioso. Acabas de estropear con tus palabras una de las veladas más hermosas de toda mi vida. Llévame al hotel, por favor.

* * *

A la mañana siguiente, Alain Fabré se presentó en la Comisaría con un humor de perros. Había tenido tiempo de comprender, que en efecto, su comportamiento con la modelo la noche anterior, había dejado mucho que desear.

Con sus torpes palabras la había tratado de furcia.

Solo le faltó encontrarse de narices con Clotin.

—Buenos días, comisario —saludó respetuosamente el inspector.

—Buenos días... —gruñó Alain—. ¿Alguna novedad?

—Una y muy interesante —respondió Clotin mostrándole el periódico que llevaba en las manos—. Han asesinado a otro jugador de golf.

—¿Qué?

Fabré tomó asiento tras su mesa de despacho y leyó la noticia. Luego miró a su subordinado.

—Ordene que me traigan un café con leche y un *croissant*, Clotin.

—Sí, comisario.

Al quedarse a solas, Fabré se echó atrás en su asiento. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? ¿Quién estaba interesado en cargarse a aquellos jugadores de golf y por qué?

Clotin regresó poco después.

Fabré le preguntó.

—¿Alguna novedad respecto a Veloso?

—Ninguna, comisario. Hemos intervenido su teléfono, pero hasta ahora no hay nada de particular. Solo un par de llamadas a Roma para hablar con su hija.

—El torneo termina mañana —dijo Fabré—. Y no hay ninguna razón para retenerle aquí. Ni tampoco a los demás. Así que habrá que dejarles marchar, Clotin. Además, empiezo a creer que ninguno de ellos tiene nada que ver con el asesinato de Corben. El asesino se encuentra muy lejos de París.

—¿Piensa que los tres asesinatos tienen algo en común entre sí? —preguntó Clotin.

—Por supuesto —respondió Fabré. En aquel momento se abrió la puerta y entró un ordenanza con el desayuno. Lo dejó sobre la mesa del comisario y se marchó.

Fabré mojó el *croissant* en el café con leche y miró en dirección a las fotografías que había en la pared. Ted Williams, el gran campeón inglés, también se encontraba entre ellas y al igual que Corben y Norman, había sido asesinado.

—¿Piensa pedir ayuda a la Interpol, comisario? —le preguntó Clotin.

—Todavía no sé lo que voy a hacer —respondió Alain masticando pensativamente—, pero de una cosa sí estoy seguro. Voy a atrapar al asesino cueste lo que cueste…

* * *

La viejecita bajó de un taxi, abrió su pequeño bolso y con manos temblorosas pagó la carrera dedicándole además una bondadosa sonrisa al taxista. Luego, entró en un oscuro portal, subió las viejas y crujientes escaleras de madera y se metió en un cuartucho de mala muerte en el que había una cama, un baño y un miserable mobiliario.

Arrojó el bastón sobre la cama y se dejó caer en una silla.

Encendió un cigarrillo y permaneció algunos minutos con los ojos cerrados y la cabeza inclinada.

Finalmente, se puso en pie, se despojó de su indumentaria y se miró al espejo de la vieja cómoda.

Luego, abrió un cajón de la misma y sacó una fotografía. Con un lápiz hizo una cruz sobre la gallarda figura de Ted Williams. Aquella era la tercera cruz que había en la fotografía. Las otras dos correspondían a Fred Corben y a Alex Norman.

Pero aún faltaban dos más...

Más tarde, abandonó aquel lugar llevando una pequeña maleta y convertido en un inofensivo clérigo.

En Londres empezaba a hacerse de noche.

Llamó a un taxi y se hizo conducir al aeropuerto de Heathrow. Su avión hacia España, salía dentro de una hora.

CAPÍTULO IV

Alain Fabré asistió al desfile de modelos que se celebraba en el «Club Martini» y en el que participaba Chris y mientras la observaba en la pasarela luciendo un elegante vestido de noche, se dijo que una mujer como aquella solo podía pertenecer a hombres como Alex Norman.

Pero había ido allí para disculparse y no se iría hasta haberlo hecho.

Tomó asiento en un rincón junto a cuatro elegantes damas que no perdían detalle de lo que estaba ocurriendo en la pasarela. Cada vez que aparecía un nuevo modelo, dejaban escapar un sonoro «¡Ohhh!». Alain era la primera vez que asistía a un desfile de modelos y se aburrió soberanamente.

Cuando el mismo hubo terminado, el comisario le entregó una nota a un camarero para que se la diera a Chris.

—No puedo hacer eso, señor —dijo el camarero—. Está prohibido por la dirección.

Alain le mostró su credencial y aquel tipo, después de esbozar una sonrisa de compromiso, se alejó apresuradamente llevando la nota. Una de las pocas ventajas de set policía, era aquella placa que llevaba en uno de los bolsillos de su americana. Abría cualquier puerta.

El camarero regresó un par de minutos después.

—La señorita saldrá enseguida, comisario.

—Gracias.

Y en efecto, Chris apareció poco después vistiendo un elegante conjunto marrón. Estaba preciosa, pero a Alain le gustaba mucho más con aquella bata que llevaba el día que se conocieron.

—Hola, Alain —dijo ella.

—Hola, Chris. ¿Puedo invitarte a tomar algo?

—Prueba a hacerlo.

Se sentaron en la terraza de un bar del *boulevard* Saint Michel.

—Lamento lo que te dije la otra noche —dijo el comisario—. Fui

un grosero.

—Estás perdonado —respondió ella sonriendo.

—Te aseguro que no quise ofenderte.

—Lo sé.

—Lo único que pretendí fue…

—Sé lo que pretendiste, Alain, pero déjame decirte algo. No soy ninguna santa. He conocido a muchos hombres, todos ellos muy ricos. He sido su amante y me han hecho muchos regalos. Pero eso no significa que no tenga sentimientos y que no sea capaz de hacer algo por nada. La otra noche fui sincera. Quería conocer tu apartamento y acostarme contigo porque me gustas. Solo por eso.

—Podemos ir ahora si quieres.

—No, Alain. Ahora no. Sería algo demasiado frío, calculado. Ya llegará el momento.

—Te vas dentro de tres días.

—Es cierto. ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer que llegué a París. Me quedaría aquí toda la vida.

—¿Por qué no lo haces?

—Puede que lo haga algún día.

—¿Sabes una cosa Chris? Puede que en esta ocasión sea yo quien vaya a Nueva York.

—¿De verdad?

—Sí. Y luego a Londres.

—¿De vacaciones?

—En busca de un asesino.

—¿El de los jugadores de golf?

—Exactamente. No puedo permitir que un crimen que se ha cometido en mi demarcación quede impune. Ahora la cuestión está en saber si mis superiores me permitirán hacerlo.

—¿Y si no lo hacen?

—Ya se me ocurrirá algo.

—¿Eres tan perseverante en todo, Alain?

—Eso depende. Si lo que persigo me interesa, sí. Y ahora perdóname, Chris. Tengo que volver a la Comisaría. Te acompañaré a tu hotel.

—No es necesario. Me quedaré aquí un rato más. El día es espléndido.

—¿Nos veremos esta noche?

—Sí, Alain.
—¿A las ocho y media?
—De acuerdo.
Quince minutos más tarde, el comisario Alain Fabré entraba en su despacho. Clotin no tardó en aparecer diciendo:
—El jefe quiere verle.
—Qué casualidad. Yo también quiero verle a él…

* * *

El cuarto asesinato ocurrió del siguiente modo:
El clérigo se hospedó en una sencilla pensión de una travesía de las Ramblas de Barcelona.
Se despojó de la ropa y tomó una ducha. Luego, se tumbó en la cama. A través del entreabierto balcón le llegaba el rumor de la intensa circulación. Cerró los ojos y repasó mentalmente todos los detalles de su plan, del plan que iba a permitirle eliminar a la cuarta víctima.
Después, solo le quedaría una.
Y esa era especial. Muy especial.

* * *

El campo de golf del Prat estaba abarrotado de gente. No en vano tomaban parte en aquel torneo los mejores jugadores del mundo de esa especialidad.
Antes de comenzar la partida, los mismos se habían reunido en el lujoso bar para tomar unas copas y cambiar impresiones entre ellos.
El sudafricano Malcom Smith, era muy alto y pelirrojo. Había ganado importantes torneos en todo el mundo, el último en Portugal. Era la gran figura a batir y aunque en aquel momento iba en tercer lugar en la clasificación, todos sabían de lo que era capaz. Poseía un golf agresivo y era muy imaginativo. Podía darle la vuelta a una partida en un abrir y cerrar de ojos. Su única debilidad era el *whisky* y siempre antes de una partida se tomaba al menos un par de vasos.
En aquel momento estaba tomando uno cuando se le acercó un

amigo y compatriota. Era un periodista especializado en golf.

—John! —exclamó el sudafricano dejando el vaso de *whisky* sobre el mostrador para abrazar a su amigo.

Y luego, mientras conversaban animadamente, alguien vació unos polvos en aquel vaso.

Malcom Smith estaba sentenciado a muerte.

* * *

El jefe de Alain se llamaba René Larroux. Era un hombre enérgico y obeso. Llevaba gafas de carey y fumaba en boquilla. Sentía una especial predilección hacia el comisario al que consideraba su mejor hombre aunque a veces no compartía sus ideas modernas sobre criminología.

—Te he mandado llamar porque quiero que me informes personalmente de cómo anda el caso del jugador de golf, ya sabes, ese americano, Corben.

—Todavía no tenemos ninguna pista, René.

—Eso me suena muy mal en los oídos, Alain —respondió el jefe metiendo un cigarrillo en la boquilla—. Los americanos están presionando, ¿sabes? Hace un par de horas he regresado de su Embajada.

—Pues que busquen al asesino ellos.

—Eso me suena peor. A no ser que tú no te veas con capacidad para descubrirlo.

—Sabes de sobras que sí, René. Pero necesito tiempo.

—¿Y qué me dices de los demás jugadores? O de ese italiano.

—Nada. Ninguno de ellos pudo ser. Todos tienen una coartada. En cuanto a Veloso, le hemos estado vigilando estrechamente noche y día e incluso mandé intervenir el teléfono. Todo inútil.

—¿Y la mujer?

—¿La amante de Veloso?

—La misma.

—No la creo capaz de cometer un asesinato.

—¡Vaya hombre! ¿Y desde cuándo te fías de las apariencias?

—René, el autor de estos asesinatos es mucho más inteligente y astuto de lo que es esa mujer.

El jefe aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

—¿De qué asesinatos estás hablando?

—Del de esos jugadores de golf. Primero fue Corben, luego Norman y finalmente Ted Williams, el campeón inglés. Me pregunto quién le seguirá luego.

—Un momento, un momento —dijo al jefe levantándose pesadamente de su asiento y rodeando la mesa de despacho—. A nosotros solo nos interesa Corben, Alain.

—Pero es que estoy seguro de que los tres asesinatos están relacionados entre sí y que el autor es la misma persona.

—¿Por qué crees eso?

—¡Diablos! Está claro, ¿no? Tres jugadores de golf asesinados en menos de un mes. ¿Qué otra prueba quieres?

El jefe tardó unos segundos en responder.

—Aunque fuera como tú dices, solo Corben es de nuestra incumbencia.

—Pero no podremos atraparlo nunca, René.

—¿Por qué no?

—Porque nunca actúa en el mismo lugar. Primero fue en París, luego en Nueva York y finalmente en Bristol.

—En ese caso, tendremos que pedir ayuda a la Interpol.

—Haremos algo mejor, René. Yo mismo me encargaré de buscarlo.

—¡Ni hablar! Te necesito aquí, Alain.

—Te recuerdo que hace un par de semanas me dijiste que me podía tomar veinte días de vacaciones. Muy bien, empezaré a disfrutarlas a partir de mañana.

—Alain, te lo advierto. Si haces eso, será mejor que te busques otro empleo.

Pero el comisario ya estaba abriendo la puerta del despacho. Antes de abandonarlo se volvió riendo para exclamar:

—¡Hasta la vuelta, jefe!

—¡Alain!

* * *

Malcom Smith tuvo los primeros dolores cuando se encontraba en el hoyo siete. Pero lo atribuyó al exceso de *whisky*. El médico ya se lo había advertido; no era bueno para su gastritis.

Sin embargo, notó que sus manos estaban húmedas cuando sujetó el palo de golf.

—¿Te ocurre algo? —oyó que le preguntaba un compañero.

—No.

—Pues estás muy pálido.

—No es nada… —Malcom dirigió la mirada hacia el hoyo. Aunque estuviera reventando de dolor podía meter allí la pelota, pero no llegó ni a tocarla porque de repente tuvo la sensación de que su estómago se partía en dos.

—¡Malcom! —exclamó su amigo el periodista al ver aquello y corrió hacia él para ayudarle.

Malcom Smith se desplomó como si lo hubiera abatido un rayo y cuando quisieron hacer algo por él ya era demasiado tarde.

Había muerto.

* * *

Alain se encontraba en su apartamento. Eran las siete de la tarde. Disponía de una hora antes de ir a recoger a Chris al hotel.

Estaba fumando un cigarrillo junto a aquella ventana desde la que se contemplaba la Torre Eiffel pensando en cómo empezar su investigación.

Lo lógico era que fuese primero a Nueva York, luego a Londres, es decir siguiendo el mismo itinerario que el asesino, y recogiendo toda la información que pudiese acerca de los asesinatos que había cometido.

Pero ese viaje le iba a costar un dineral. Y él no disponía de tanto dinero. Además, empezaba a preguntarse si todo aquello le iba a servir para algo…

De repente llamaron a la puerta. Por un momento pensó que pudiera tratarse de Chris, pero se equivocó. Era Clotin.

—Comisario, acabamos de recibir una noticia por el teletipo.

—No me diga que…

Clotin asintió con la cabeza.

—¿Quién es esta vez?

—Un tal Malcom Smith.

—¡El campeón sudafricano! ¿Dónde ha ocurrido, Clotin?

—En España, concretamente en el torneo que se celebra en un

lugar próximo a Barcelona.

—En el Prat.

—Sí, eso es. En el Prat.

—Gracias por venir a decírmelo Clotin.

—De nada, comisario. Que tenga buena suerte. ¡Espero que deje a la policía francesa en el lugar que se merece!

Alain cerró la puerta del apartamento y se quedó pensativo. A lo mejor cambiaba de planes y se trasladaba a España. Le pillaba mucho más cerca y era mucho más económico que trasladarse a Nueva York y luego a Londres.

¡Sí, Barcelona podía ser un buen punto de partida!

Cuando más tarde llegó al hotel Esplendid, el conserje le dijo:

—La señorita Wilson me ha encargado que le diga que le espera en su habitación.

—Gracias.

Subió y llamó a la puerta.

Chris le abrió vistiendo la misma bata con que le recibiera la primera vez y al entrar en la habitación, Alain vio que había una mesa en la terraza con un par de velas encendidas.

—No te importará que cenemos aquí, ¿verdad? —le preguntó ella con una insinuante sonrisa.

—Claro que no. Me encantará.

Alain adivinó que aquella iba a ser una noche muy especial.

* * *

Y lo fue.

Tan especial que ni siquiera llegaron a cenar.

Era absurdo andarse con rodeos. Ambos sabían lo que deseaban, así que después de un par de *cocktails* estaban bailando al compás de la música de la radio del hotel y sus labios se buscaron desesperadamente en la penumbra que ahora reinaba en la habitación.

Alain la despojó de aquella bata y el hermoso cuerpo de Chris apareció ante él como una salida de sol y se apresuró a acariciarlo con dedos ávidos y ardientes.

Pero lo más maravilloso ocurrió después en el dormitorio.

CAPÍTULO V

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, lo primero que percibió Alain fue el suave perfume del cuerpo de Chris, dormida a su lado.

Se metió bajo la ducha para despejarse. Necesitaba estar despierto para hilvanar un plan de acción.

Al salir del baño regresó a la habitación con una toalla rodeándole la cintura. Chris seguía durmiendo. Estaba boca abajo, mostrando su espalda desnuda y el perfil de uno de sus hermosos y redondos senos.

Alain la contempló durante unos instantes, recreándose con aquella espléndida visión y diciéndose que había sido un hombre con suerte por haberla poseído. Y al recordar la noche que habían pasado juntos, sintió un escalofrío. Jamás había gozado tanto con una mujer como con ella.

El deseo volvió a apoderarse de él por lo que decidió abandonar la habitación. Se dirigió al teléfono que había en el *living* y pidió comunicación con el conserje. Necesitaba saber el horario de vuelos con Barcelona.

—Hay uno dentro de una hora, señor —le respondió el empleado—, y otro a las diecisiete veinte y más tarde otro a las dieciocho cuarenta.

—Gracias —dijo Alain.

Consultó su reloj. Eran las nueve y diez. Tenía el tiempo demasiado justo para coger el vuelo que salía dentro de una hora. Pero cogería el de las diecisiete veinte.

—Buenos días, Alain —oyó de pronto a sus espaldas.

El comisario se volvió. Chris salía del dormitorio completamente desnuda.

—Lamento haberte despertado —se excusó él.

Chris no respondió. Se limitó a rodearle con sus brazos. El calor de aquel cuerpo junto al suyo hizo que Alain recordase de golpe las imágenes de una noche que tardaría en olvidar. Ella le acarició el todavía húmedo cabello utilizando sus largos y expertos dedos y

luego le besó en la boca. Era difícil resistirse a una mujer como aquella, así que el comisario le devolvió el beso con la misma pasión que había empleado Chris.

—Quiero que sepas una cosa —le murmuró al oído la modelo—. Eres un tipo extraordinario en la cama, Alain.

Él fue el primer sorprendido al oír aquellas palabras. Siempre se había considerado un amante del montón.

—No hace falta que te diga lo que yo pienso de ti, ¿verdad? —sonrió el comisario.

—Me gustaría... —rezongó ella.

—Jamás me había acostado con una mujer como tú, Chris. Ha sido una experiencia que no olvidaré nunca. Lástima que no pueda volver a repetirse.

—Aún me quedan dos días en París.

—Pero yo me voy a España dentro de unas horas.

—¿Cómo? ¿A España?

Él le contó lo que había sucedido en el torneo de el Prat.

—Mi intención era ir primero a Nueva York —prosiguió el comisario—, pero empezaré la investigación por España. Está mucho más cerca y me saldrá mucho más barato. No olvides que lo hago por mi cuenta y riesgo.

—¿Amor propio profesional?

—En efecto. Sé que el asesino se encuentra muy lejos de París y aquí ha dejado una cuenta pendiente que tiene que pagar. ¡Y haz el favor de vestirte! Me estás poniendo nervioso.

Ella se echó a reír, se metió en el dormitorio y regresó, abrochándose la bata.

—Alain...

—¿Qué?

—Estaba pensando en los motivos que pueda tener el asesino para que sus víctimas sean únicamente jugadores de golf. ¿Tienes alguna idea?

—En absoluto. Además, escoge a los mejores. El ejemplo lo tienes en tu exnovio, Alex Norman.

—No era mi novio, Alain. Era mi amante.

—Bueno, qué más da...

—Para mí no es lo mismo.

—¿Le querías?

—Digamos que le apreciaba considerablemente. Era un buen hombre aunque a veces resultase un tanto despectivo y orgulloso.

—¿Recuerdas si te habló alguna vez de que había recibido amenazas?

—Nunca.

El comisario permaneció pensativo durante unos instantes.

—Este es un asunto bastante complicado —dijo finalmente encendiendo un «Gitanes» —como suelen serlo todos aquellos casos en los que un mismo asesino actúa en diferentes países del mundo. Afortunadamente para la policía no es un hecho frecuente.

Se miraron en silencio. Había llegado la hora de la despedida.

—Me gustaría acompañarte a España —dijo ella.

—¿Y por qué no lo haces?

—Tengo que acabar un trabajo en París y luego volver a Nueva York donde me espera otro desfile dentro de diez días. Soy una mujer terriblemente ocupada, Alain. Y esta es una de esas ocasiones en que lamento que sea así.

El comisario la abrazó.

—¿Volveremos a vernos, Chris?

—Quién sabe. El mundo es un pañuelo. Pero me gustaría, me gustaría mucho.

—Si cambias de opinión y decides ir a Barcelona antes de regresar a Nueva York, me encontrarás en el hotel Cristal.

Ella asintió con la cabeza y le besó.

* * *

El comisario Ramón Santana era un hombre muy afable. Conocía a Alain Fabré desde hacía muchos años. Recibió a este en su pulcro despacho de Jefatura.

—¡Me alegro mucho de volver a verte, muchacho! —exclamó tendiendo una mano a Alain—. ¿Qué te trae por Barcelona?

Fabré tomó asiento frente a su colega. No es que hablase muy bien el castellano pero sí lo suficiente para hacerse entender. Le contó al comisario Santana el motivo de su visita. Este le escuchó con atención y luego pidió el expediente del caso.

Le echó una ojeada y después se lo entregó a Alain.

—Aquí tienes todo lo que hay, que no es mucho.

Fabré abrió el expediente y leyó detenidamente la escasa documentación que había en el mismo.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Santana.

—En efecto, no es gran cosa —murmuró Alain—, aunque tampoco esperaba mucho más. Así que asesinaron a Malcom Smith con estricnina.

Santana asintió con la cabeza y añadió:

—El asesino se la vertió en el vaso de *whisky* que Malcom Smith tomó antes de la partida.

Alain dejó el expediente sobre la mesa.

—¿Nadie vio nada? —preguntó.

—Absolutamente nadie —respondió Santana—. El bar estaba repleto de gente. Alain, te das cuenta de que este es un caso bastante complicado, ¿verdad?

—Por supuesto. Lo más seguro es que el asesino se encuentre ya muy lejos de España.

—¿Tienes alguna idea del motivo de esos asesinatos?

—Ni la más remota.

—¡Pues sí que estamos bien! A mí me ocurre lo mismo. Solo me queda una esperanza.

—¿Cuál?

—Supongo que el asesino se hospedó en algún hotel o pensión de la ciudad. Mis agentes lo están investigando. A lo mejor tenemos suerte y encontramos algo que nos sirva de punto de partida. Pero no me hago muchas ilusiones.

—Santana, no te importará que yo investigue por mi cuenta, ¿verdad?

—En absoluto, siempre y cuando me tengas al corriente de todo.

—Por supuesto.

—¿Ya has almorzado?

—Todavía no.

—Aún recuerdo lo mucho que te gusta la paella —sonrió Santana—. Te voy a llevar a un restaurante donde hacen las mejores de la ciudad.

—¡Una excelente idea!

* * *

El asesino estaba solo en su enorme finca. Bueno, no totalmente solo. «Goliat», su fiel perro, le hacía compañía. Ellos dos eran los únicos habitantes de aquella casa llena de recuerdos, una casa que nunca abandonaría.

Acarició al perro que se encontraba junto al fuego de la chimenea del salón. «Goliat» movió la cola. Era un precioso mastín que estaba atento al menor ruido que se producía en la casa y cuando ello ocurría se ponía rápidamente en estado de alerta. Por eso, cuando afuera se oyó el motor de un coche, «Goliat» se acercó velozmente a la ventana y miró a través de los cristales con los ojos bien abiertos y las orejas completamente tiesas.

El asesino le dijo:

—No te preocupes «Goliat». No hay ningún peligro. Se trata de Teddy.

El perro pareció comprender aquellas palabras y se sentó. El timbre de la puerta sonó poco después y el asesino fue a abrir. «Goliat» le siguió dócilmente.

Teddy era un muchacho de unos treinta años, muy apuesto.

—¡Hace un espléndido día para jugar al golf! —exclamó a modo de saludo—. ¿No te parece?

El asesino asintió con la cabeza.

Luego se volvió a «Goliat».

—Estaré de vuelta después de almorzar, ¿de acuerdo?

El perro dejó escapar un ladrido.

—Así que pórtate bien, ¿eh?

El asesino cerró la puerta y se encaminó junto a Teddy hacia el estupendo Jaguar aparcado frente a la misma.

—A «Goliat» solo le falta hablar —dijo Teddy—. ¡Nunca he visto un perro más listo!

Más tarde, cuando se dirigían al campo de golf a través de una carretera que se abría paso entre verdes praderas, el muchacho comentó:

—Llevo llamándote hace cuatro días. ¿Has estado fuera?

—Sí.

—Últimamente viajas mucho.

—No tengo más remedio. He de atender algunos negocios.

El campo de golf de Greenwood Park estaba muy animado como solía ocurrir todos los domingos, pero Teddy no encontró ninguna

dificultad en aparcar su coche puesto que su padre era socio de honor del mismo y tenía un lugar reservado para hacerlo.

El encargado del aparcamiento avisó por teléfono de la llegada del muchacho y de su acompañante y a los pocos minutos apareció un *caddy* con los palos de golf.

—Tengo la impresión de que hoy voy a ganarte —dijo alegremente Teddy mientras se dirigían hacia los *links*.

El asesino sonrió.

—Llevas diciéndome lo mismo hace mucho tiempo y aún no lo has conseguido.

—¡Pero algún día tiene que ser el primero!

Sin embargo, Teddy se desengañó muy pronto. Su acompañante jugaba demasiado bien para él.

—¡Me rindo! —exclamó Teddy al cabo de un rato—. No hay quien pueda contigo.

—Tuve un gran maestro —dijo tristemente el asesino.

—Sí, ya sé que tu padre fue un gran campeón de golf —asintió Teddy—, ¿por qué no me hablas de él?

—No hay nada que decir.

—Siempre rehúyes hablar de tu padre.

—Tú juegas, Teddy.

El muchacho se encogió de hombros. No había forma de arrancarle a su compañero una sola palabra de su padre. Aquel misterio tenía intrigado a Teddy.

Lo único que sabía era que había muerto ahorcado.

* * *

El comisario Fabré estuvo paseando por el campo de golf de el Prat y recordando aquella ocasión en la que él había jugado allí como *amateur*. Era un campo magnífico.

De repente le vino algo a la memoria. Fue como una especie de luz que se hubiera encendido en un edificio completamente a oscuras.

¿No eran las cuatro víctimas socios del Club Internacional de Golf?

Sí, estaba seguro de que habían formado parte de aquel prestigioso club en el que únicamente admitían a los grandes

campeones de todos los tiempos. Quizás allí supieran algo que pudiera dar una lógica a aquellos asesinatos. Tendría que averiguarlo.

—*Monsieur*...

El comisario se volvió.

Frente a él había un hombre de unos cincuenta años vestido de camarero.

—¿El señor Badía?

—En efecto, *monsieur*. Soy José Badía.

—Señor Badía, usted estaba sirviendo en el mostrador el día que asesinaron a Malcom Smith, ¿no es cierto?

—Así es.

—Cuénteme exactamente lo que pudo ver.

—Bueno, tal como le dije al comisario señor Santana, no pude ver gran cosa. Había mucha gente.

—Haga un poco de memoria. Si se acuerda de algo por muy insignificante que le parezca, dígamelo.

—Bien, lo que sí recuerdo es que el señor Smith estaba bebiendo un *whisky*. Yo sé lo había servido unos minutos antes. Entonces llegó un amigo, creo que era un periodista especializado en temas de golf. Me pareció ver que se abrazaban, que estaban muy contentos de encontrarse. Eso es todo lo que puedo decirle, *monsieur*.

—El señor Smith debió dejar el vaso sobre el mostrador, supongo.

—No lo sé.

—Es de lógica porque de otro modo el asesino no hubiera podido verter el veneno.

—Sí, *monsieur*. Parece lógico.

—¿Recuerda quién estaba al lado del señor Smith en el momento en que llegó el periodista?

—¿Cómo voy a recordarlo, *monsieur*? ¡Había tanta gente!

—Intente hacer memoria. Es muy importante.

—Es imposible, *monsieur* —insistió el camarero—. Yo estaba demasiado ocupado atendiendo el mostrador...

—Lo comprendo —dijo Fabré—. De todos modos, le ruego que haga un esfuerzo y si de pronto llegara a recordar algo, llámeme al hotel Cristal, habitación 506.

—Así lo haré, *monsieur*.

—Gracias.

Alain regresó al hotel cuando ya era de noche. Le preguntó al conserje si había alguna llamada y le respondieron que no. Subió a su habitación y se duchó. Luego descolgó el teléfono y pidió unos bocadillos y una cerveza bien fría.

Empezaba a creer que nunca podría resolver aquel caso y que muy a pesar suyo tendría que dejarlo en manos de la Interpol. ¿Cómo se puede atrapar a un asesino que tan pronto mata en Londres, como en Nueva York o España? Al menos él no podía.

De repente sonó el teléfono. Alain se apresuró a descolgarlo.

—Sí.

—¿*Monsieur* Fabré?

—El mismo. ¿Es usted el señor Badía?

—Sí, *monsieur*.

—¿Ha recordado algo importante?

—No sé si es importante o no, pero después de dejarle a usted he estado dando vueltas y más vueltas a lo que ocurrió aquel día y de pronto me ha venido algo a la memoria...

—¿De qué se trata? —preguntó ávidamente Alain.

—Había un capellán.

—¿Cómo?

—Que al lado del señor Smith había un capellán. Uno de esos capellanes modernos, ya sabe. Y llevaba sombrero.

—Sí. ¿Y qué más, señor Badía?

—Lo recuerdo muy vagamente... pero parecía muy joven... De repente, se marchó.

—¿Antes o después de la llegada del periodista?

—Después, instantes después. Es todo lo que puedo recordar, *monsieur*.

—Gracias, señor Badía. Muchas gracias.

Nada más colgar, recibió otra llamada. En esta ocasión era del comisario Santana.

—Precisamente iba a llamarte —le dijo Fabré y a continuación le relató la conversación que acababa de sostener con el camarero —. No estaría de más que os ayudara a confeccionar un retrato-robot.

—Lo haremos porque es evidente que ese camarero no está

equivocado.

—¿Cómo lo sabes?

—Mis agentes han descubierto algo muy interesante en la habitación de una pensión próxima a las Ramblas.

—¿Y qué es ello?

—Un traje de capellán.

—¡Fantástico!

—Y hay más. La descripción que el conserje de la pensión ha hecho del capellán, o mejor dicho, del falso capellán, se aproxima bastante a la del camarero del club de golf. Cara aniñada, manos delicadas, sombrero... Todo fabricado en Londres.

—Buen trabajo, Santana.

—Ahora me pregunto, ¿dónde se encontrará nuestro hombre? ¿En Roma? ¿En Estocolmo? ¿O en Tokio?

—Posiblemente donde vaya a celebrarse algún torneo de golf —dijo Fabré.

—Sí, quizás tengas razón. Tú debes saber mucho de eso.

—Intentaré averiguarlo, Santana.

Cuando colgó, Alain se sentía un poco más optimista. No es que tuviera gran cosa entre sus manos, pero había resuelto más de un caso con mucho menos.

CAPÍTULO VI

El quinto asesinato ocurrió del siguiente modo:

Alain echó un vistazo al retrato-robot que el comisario Santana tenía entre sus manos. A su lado estaba el dibujante de Jefatura y las dos personas que presumiblemente habían visto al asesino, es decir, el camarero del club de golf y el conserje de la pensión donde se había hospedado.

Los dos testigos habían coincidido bastante en sus respectivas descripciones.

—Es evidente que sus rasgos parecen los de un muchacho muy joven —dijo Santana.

—Eso mismo estaba pensando yo —añadió Alain.

—¿Te recuerda a alguien?

—En absoluto.

—Podría tratarse de algún jugador de golf resentido contra sus víctimas.

—Es una idea —dijo Alain encendiendo un cigarrillo—. Pero, ¿por qué?

Santana despidió a los dos testigos después de darles las gracias por su colaboración. El dibujante también abandonó la pequeña sala que se encontraba junto a los archivos.

Alain echó otro vistazo al retrato-robot.

—Desde luego no se trata de ningún jugador de golf profesional que yo conozca —dijo Alain—. Lo cierto es que jamás he visto este rostro.

—Así que estamos como al principio —dijo Santana.

—Sí —admitió con fastidio Fabré—, pero no pienso abandonar. Le perseguiré hasta el fin del mundo si es preciso.

—¿Por qué no dejas el asunto en manos de la Interpol, Alain?

—Esa es una solución que siempre estoy a tiempo de tomar.

—Siempre has sido un cabezota —se rio Santana.

—Sí, lo reconozco. Cuando se me mete algo en la cabeza, no paro hasta conseguirlo.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora?

—Me voy a Londres.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Hablar con *Sir* Lawrence Morley.

—¿Quién es ese caballero?

—El presidente del Club Internacional de Golf.

—Te deseo mucha suerte, Alain —dijo Santana tendiéndole una mano.

El comisario francés se la estrechó con fuerza.

—Gracias por todo, colega —dijo Fabré.

—Si consigues algo, dímelo.

—Lo haré.

Cuando llegó al hotel el conserje le entregó un telegrama. Decía:

> «Mañana salgo hacia Nueva York, pero es posible que vuelva a París dentro de un mes. Hasta entonces. Te quiero,
>
> »Chris».

* * *

Londres traía muy buenos recuerdos a Alain. Había pasado allí algunas temporadas y había jugado sus mejores partidas de golf en los *links* de «Greenwood Park» junto a grandes figuras de las que había aprendido todo lo que sabía.

Y también había conocido a una mujer. A la mujer más maravillosa del mundo. Se llamaba Miriam y estuvo perdidamente enamorado de ella. Pero un día conoció a un rico comerciante australiano y se casó con él. Fue un rudo golpe para Alain.

Pero ahora no quería pensar en eso, era agua pasada. Ahora, lo único que de verdad le importaba, era solucionar el caso del asesino de los jugadores de golf.

Al llegar a Londres se hospedó en el Royal Hotel y después de ducharse y cambiarse de ropa, fue al número 47 de Claridge Road donde se encontraba el edificio del «Club Internacional de Golf».

El conserje, un tipo imponente vestido con librea, le miró de arriba abajo cuando preguntó por *Sir* Lawrence Morley.

—¿Tiene hora concertada con él? —preguntó el conserje.

—No.

—Entonces me temo que sea imposible que le reciba. El señor Morley está siempre muy ocupado.

—Cuando le diga mi nombre me recibirá —gruñó Alain quien no podía soportar a los individuos pedantes como aquel.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó con recelo el conserje descolgando un teléfono interior.

—Alain Fabré.

El gigante con librea estuvo hablando con alguien.

Luego esperó unos segundos al cabo de los cuales asintió con la cabeza y colgó.

—*Sir* Lawrence Morley le recibirá inmediatamente —dijo con mal disimulada sorpresa—. Planta quinta.

—Lo sé.

Alain se metió en uno de los ascensores y pulsó el botón correspondiente a la planta quinta y al hacerlo le pareció revivir viejos tiempos, cuando él y Miriam iban a almorzar al restaurante que había en la octava planta.

Sir Lawrence Morley era un hombre alto y elegante. Tenía sesenta y siete años y había sido uno de los mejores jugadores de golf del mundo. Ahora, únicamente practicaba en sus ratos libres en Greenwood Park y aunque los años no pasan en balde, aún seguía asombrando a todos con su juego.

Recibió a su viejo amigo Alain Fabré en su lujoso despacho totalmente enmoquetado y donde había varias vitrinas repletas con los trofeos que había conquistado a lo largo de sus años de jugador.

—¿Qué tal, *Sir* Lawrence? —preguntó sonriendo el comisario al tiempo que estrechaba la mano del presidente del «Club Internacional de Golf».

—¿Qué es eso de *Sir* Lawrence? ¿No te acuerdas, muchacho? Solías llamarme simplemente por mi nombre y así quiero que sigas haciéndolo. Siéntate.

El comisario tomó asiento al otro lado de la lujosa mesa de despacho de su amigo.

—¿Qué te trae por Londres, Alain? —preguntó *Sir* Lawrence—. ¿Estás de vacaciones?

—Sí y no —respondió sonriendo el comisario.

—¿Sí y no? O se está de vacaciones o no se está, muchacho.

Alain le contó detalladamente el motivo de su presencia allí. Al terminar su relato, *Sir* Lawrence dijo:

—Feo asunto, sí señor. En efecto, ya estaba al corriente de esos misteriosos asesinatos y no estaría de más que fueras a hablar con el inspector de Scotland Yard que lleva el asunto. Le conozco. Es un buen amigo, una gran persona y te dará toda la información que necesites.

—Puede que vaya a verle —asintió Alain—. Ahora quiero que me conteste a una pregunta, Lawrence.

—Adelante.

—Las cuatro víctimas eran socios de este club, ¿no es cierto?

—En efecto. Todos los grandes jugadores lo son.

—¿Y usted los conocía bien?

—A unos más que a otros, claro —respondió el presidente levantándose y dirigiéndose al pequeño mueble bar que había en un rincón—. ¿Quieres un brandy?

—Sí, gracias.

Morley regresó con una copa y se la entregó a Alain.

—Yo prefiero jerez —aclaró sonriendo—. Respondiendo a tu pregunta, era natural que conociese mucho mejor a Ted Williams que a Corben, Norman o Malcom. Ted vivía en Londres y solía venir bastante por aquí. En cuanto a los demás, les veía un par de veces al año y desde luego cuando celebrábamos la cena de hermandad a finales de octubre. Tú también habías acudido algunos años a pesar de no ser socio del Club, ¿recuerdas?

—¿Cómo iba a haberlo olvidado? Pasaba unos días estupendos al lado de tantos campeones.

—Pero el último año no pudiste venir.

—No. Tenía un importante caso que resolver.

Sir Lawrence rebuscó en uno de los cajones de su mesa y sacó varias fotografías.

—Se hicieron el último año. Te las regalo. Sé que tienes tu despacho lleno de fotografías.

—Es cierto —sonrió Fabré—. Puesto que jamás he conseguido llegar a ser una figura del golf, me contento con mirarlas de vez en cuando.

—No eres tan malo, Alain. La última vez que jugamos me diste un buen susto.

El comisario se echó a reír.

—Lawrence, ¿puede contarme algo de la vida privada de las víctimas?

—Sé poca coa, muchacho. Ted Williams regentaba un negocio de fotografía. Corben, era ingeniero...

—Necesito saber algo más que sus simples profesiones, Lawrence —interrumpió Alain—. Por ejemplo, si tenían algún tipo de problema económico o personal o si había algo entre ellos o si tenían un enemigo en común. Eso es realmente lo que me interesa.

—Bueno, supongo que ya estarás al corriente de la profunda enemistad que había entre Guido Veloso y Corben...

—Lo sé. Investigué a Guido. Parece inocente.

—Ted Williams regentaba una empresa de fotografía. Las cosas le iban bastante bien y no tenía gran cosa en común con los demás. Era un tipo bastante solitario y huraño. Odiaba perder. Norman era un *play-boy*. Un individuo desconcertante. Guido y él tampoco simpatizaban demasiado. Que yo sepa. Norman tampoco tenía problemas económicos. Todo lo contrario. Corben era posiblemente el mejor de todos. Su familia es multimillonaria. Malcom, el sudafricano, era un engreído, un estúpido, pero un gran jugador de golf. Alain, la verdad es que no creo que hubiera nada común entre ellos a no ser el golf.

El comisario se rascó la cabeza.

—¡Uf! —bufó—. No hay forma de encontrar el hilo de este maldito asunto. ¡Y sin embargo tiene que haber algo que relacione esas muertes!

—El inspector de Scotland Yard que lleva el caso por el asesinato de Williams, también está hecho un lío.

—No me sirve de mucho consuelo —se rio Alain—. En fin, espero dar con la clave, Lawrence.

—Estoy seguro de que será así. Eres un gran policía, Alain.

—Yo no estaría muy seguro... —dijo el comisario levantándose.

—¿Ya te vas?

—Quiero hacerle una visita a ese inspector de Scotland Yard. Por cierto, ¿cómo se llama?

—O'Brian.

—Gracias por todo, Lawrence.

—Supongo que esta noche vendrás a cenar al club.

—Es posible. Me gustaría.

—Ella ha regresado —dijo de pronto Lawrence guiñándole un ojo.

—¿Miriam?

—Por supuesto. Llámala y venid a cenar los dos, como en los viejos tiempos.

—Lo haré. ¡Claro que lo haré!

—Entonces, hasta la noche, Alain.

Aquella era la mejor noticia que había recibido en los últimos días.

* * *

Después de que Alain abandonase su despacho, *Sir* Lawrence Morley llamó a un amigo por teléfono y, como todos los viernes, acordaron encontrarse en el campo de golf de Greenwood Park para jugar una partida.

Aquella era una costumbre que llevaban practicando desde hacía tres años. Y escogían la última hora de la tarde, cuando las instalaciones estaban prácticamente vacías de público y desde luego de jugadores.

De ese modo nadie les molestaba y podían jugar a sus anchas. Claro que lo que ignoraban era que aquella tarde no iban a estar tan solos.

El amigo de *Sir* Lawrence se llamaba Boyd y era un rico industrial. Algo más joven que Morley, era también un magnífico jugador de golf así que las partidas se convertían en verdaderas pugnas.

Pero como casi siempre, *Sir* Lawrence acertó más en los golpes que su rival. Era asombrosa la habilidad que tenía para dejar la pelota tan cerca del hoyo al que iba dirigida.

—No sé por qué juego contigo —gruñó Boyd—. Casi siempre me ganas.

—¿Casi? ¡Te gano siempre, maldito embustero!

Pero el siguiente golpe de Boyd fue mucho mejor que el de *Sir* Lawrence y eso le dio nuevos ánimos.

—¿Qué te ha parecido eso?

—No está mal. Pero ándate con cuidado. El hoyo no está tan

cerca como parece. Y la pelota ha quedado en mala posición.

Al llegar junto a la pelota, Boyd se puso de cuclillas. Su compañero tenía razón. La pelota había quedado bastante desviada de su trayectoria.

Boyd dejó escapar un gruñido.

—Tenías razón. No va a ser fácil meterla en el hoyo de un solo golpe.

—¿Quieres que lo haga yo por ti? —se rio *Sir* Lawrence.

—¡Muy gracioso!

Boyd se puso en pie, juntó las piernas y sujetó el palo con firmeza. Miró en dirección al hoyo. Quizás si tenía suerte, podía empujarla hasta allí de un solo golpe y si este era acertado, la pelota entraría suavemente en el hoyo.

Pero no tuvo suerte y la pelota, después de rodar lentamente por el césped, pasó de largo. Boyd dejó escapar una imprecación.

Sir Lawrence se echó a reír.

—¡Sabía que no lo conseguirías! —exclamó sin dejar de reír—. Ahora fíjate bien, novato.

El golpe que Morley le dio a la pelota fue tan perfecto que dejó a Boyd boquiabierto. La pequeña bola, después de describir un prolongado arco, fue a caer a tan pocos metros del hoyo situado en las lindes del bosque, que casi cayó directamente dentro del mismo.

Sir Lawrence se volvió a su compañero.

—¿Qué te ha parecido eso? —le preguntó volviendo a reír.

—Que no lo conseguiría mejor ni el mismísimo Ballesteros —respondió Boyd encendiendo su pipa—. Es lo que yo digo. No puedo ganarte.

—Te falta convicción. Por cierto, ¿sabes quién ha venido a visitarme al Club?

—¿Quién?

—Alain Fabré. ¿Te acuerdas de él?

—No.

—Sí, hombre. El comisario francés.

—¡Oh, sí! Maigret. Un buen tipo, ¿Y qué quería?

—Información sobre esos asesinatos. Ya sabes, los de Ted y los demás.

Boyd asintió con la cabeza.

—He pensado mucho en eso, Lawrence —dijo—. Ya me dirás. Si

a ese asesino le da por matar a los que juegan al golf, cualquier día puede tocarnos a nosotros.

—No había pensado en eso. Pero tienes razón. Habrá que tomar precauciones.

El sistema de altavoces del club anunció que Boyd tenía una llamada telefónica.

—Debe ser mi mujer —gruñó el rival de Morley—. Seguramente se le habrá olvidado comprar algo y querrá que lo haga yo. Volveré enseguida, Lawrence.

Cuando Boyd se alejó, Morley se encaminó hacia la pelota. Sin embargo se llevó una tremenda sorpresa cuando no la encontró en el lugar donde estaba seguro de que había caído.

Miró a su alrededor, un tanto estupefacto puesto que no había ni rastro de la misma.

Se adentró un poco en el bosque pensando que un efecto óptico pudiera haberle engañado a tanta distancia. Ya empezaba a ser viejo y no andaba muy bien de la vista. A lo mejor la pelota había caído mucho más lejos del hoyo de lo que había supuesto en un principio.

Pero tampoco la encontró allí con gran sorpresa por su parte. Iba a abandonar la búsqueda cuando le pareció oír un ruido a sus espaldas. Se volvió.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó *Sir* Lawrence—. ¿Tú por aquí?

De repente retrocedió al ver aquel revólver con silenciador apuntando directamente hacia su corazón.

—¡Eh! Pero ¿qué haces? —gritó angustiado.

—¡Eres el último de mi lista, puerco!

—¿De qué lista estás hablando? ¡Por Dios! ¡Debe haber algún error!

—No, no hay ningún error.

—¿Qué vas a hacer? ¡No! ¡No!

Sonó como un taponazo y el cuerpo de *Sir* Lawrence Morley se desplomó al suelo.

Antes de desaparecer en el bosque, el asesino arrojó junto al cuerpo de Morley aquella pelota que había estado buscando con tanto ahínco unos segundos antes.

CAPÍTULO VII

Alain Fabré estuvo hablando durante más de media hora con el inspector O'Brian de Scotland Yard, que estaba tan a oscuras en aquel caso como el propio comisario francés.

No tenía ni una sola pista, nada que pudiera arrojar un poco de luz en aquel intrincado asunto.

No obstante, Fabré le dijo al inspector que aún se quedaría un par de días en Londres y que si durante aquel lapsus de tiempo llegaba a descubrir algo, se lo comunicase al hotel donde se hospedaba o bien que dejase algún recado en el Club Internacional de Golf.

O'Brian, atento como siempre, le dijo que así lo haría y los dos hombres se despidieron deseándose mutuamente buena suerte.

Al salir de Scotland Yard estaba lloviendo pero Alain estaba de demasiado mal humor para darle importancia a aquel hecho a pesar de no llevar paraguas y no encontrar un solo taxi.

Aquel maldito asunto empezaba a exasperarle. Jamás se había enfrentado a un caso con tan escasas pistas. Lo único que había podido adivinar durante aquel tiempo, era que el asesino se había disfrazado de capellán para cometer uno de sus crímenes y que según el retrato-robot, parecía muy joven.

¡Qué escaso bagaje para conseguir algo!

Por fin llegó al hotel. Se despojó del empapado traje y tomó una ducha. Luego se puso un batín y se dirigió al *living*. Pidió un coñac por teléfono y encendió un cigarrillo. De repente recordó aquellas fotografías que le había regalado *Sir* Lawrence y que había metido en un bolsillo de la americana.

Las sacó y les echó un vistazo. Todas pertenecían al día de la comida de hermandad del último año celebrada en el restaurante del Club. Allí estaba reunidos los mejores jugadores de todo el mundo, incluidos Guido Veloso, Corben, Norman, Ted Williams y Malcom Smith, es decir, las víctimas del misterioso asesino.

De pronto vio en una de ellas a alguien a quién no esperaba ver.

Era Simón Morley el joven nieto de *Sir* Lawrence. Alain recordó que Simón, que ahora tendría unos veinte años, era un drogadicto a quién su abuelo había desheredado y renegado de él. ¿Qué estaba haciendo entonces allí?

Miró de cerca aquella fotografía. ¡Dios mío! Juraría que aquel rostro era el del retrato-robot! ¡Simón Morley!

No, no podía ser. Era absurdo. ¿Por qué tendría que matar aquel muchacho a los jugadores de golf? ¿Qué motivos podía tener para ello?

Decidió que lo mejor sería investigar a Simón, pero no le diría nada al inspector O'Brian hasta no estar bien seguro de que era el asesino.

Pero ¿dónde podía localizarle?

De repente recordó que había una persona que podría darle su dirección o dónde podía encontrarle: Miriam. Ella y Simón eran buenos amigos. Sin embargo, decidió no contarle a la muchacha para qué necesitaba aquello. Le diría alguna excusa. No podía correr ningún riesgo.

Descolgó el teléfono y pidió el número de la muchacha.

Aún lo recordaba perfectamente...

* * *

Cuando Miriam cogió el teléfono y oyó la voz del comisario, gritó con alegría:

—¡Alain! ¿De dónde sales?

—Estoy en Londres de vacaciones.

—¡Eso es estupendo! ¿Cuándo has llegado?

—Ayer.

—¿Y no me llamas hasta hoy? ¿Qué pasa? ¿Es que ya no te interesas por mí?

—Luego te lo contaré todo. ¿Podemos vernos?

—Claro.

—Entonces pasaré a recogerte dentro de una hora.

—Muy bien. Hasta luego, Alain.

Miriam vivía en un lujoso apartamento de Grosvenor al que Alain había ido en algunas ocasiones durante sus visitas a Londres. Encontró a la muchacha vestida con un sencillo pero elegante

conjunto y se abrazaron como dos buenos amigos.

—¡Estás tan guapo como siempre! —exclamó ella muy contenta.

—Tú tampoco estás nada mal —se rio el comisario.

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? —preguntó Miriam.

—Dos años.

—¿No te has casado?

—¡Qué va!

Se sentaron en un elegante sofá.

—¿Quieres beber algo? —preguntó la muchacha.

—No, gracias.

Ella le contempló durante unos instantes mientras Alain se decía que jamás se había sentido tan atraído por la mirada de una mujer como le ocurría con Miriam. Sus ojos negros y profundos tenían un extraño brillo que le desconcertaba y avivaba su instinto de posesión.

—Alain —dijo ella de pronto—, sé que no me porté bien contigo.

—Olvídalo. Ya es cosa pasada.

—Reconozco que he sido siempre una mujer muy ambiciosa —prosiguió Miriam sin hacer caso de las palabras del comisario—. Y cuando conocí al que luego sería mi marido, no me enamoré de él a pesar de reconocer que era un buen hombre. Me enamoró su fortuna. Y ese fue mi gran error.

—Siempre suele ocurrir lo mismo —dijo Alain.

—Es verdad. Me casé con él y nos fuimos a vivir a Australia. A los cinco meses ya estaba cansada de él y de aquel maldito rancho. Empezaron las discusiones, los problemas. Mi marido era un hombre de mucho carácter… En fin, que todo terminó a los seis meses de nuestra boda. Cogí las maletas y me vine a Londres.

—Bueno, ahora ya está hecho —dijo el comisario—. ¿Nos vamos a cenar?

Alain hizo un esfuerzo económico y la llevó a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Hablaron de muchas cosas antes de que el comisario abordase el asunto que le interesaba.

—Tú eres buena amiga de Simón Lawrence, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Vive en un apartamento de Mayflower, creo que en el número 76.

—Estupendo, gracias.

—No sabía que fueras amigo de Simón.

—¡Oh, sí! Su abuelo me lo presentó en cierta ocasión… —el comisario no quiso extenderse en más explicaciones. No es que desconfiase de Miriam, pero Simón era una pista que quería seguir y no podía correr el riesgo de que alguien la estropease.

Al salir del restaurante dieron un paseo hasta el apartamento de Miriam puesto que la noche era espléndida.

—¿Quieres subir? —le preguntó ella.

—Será un placer, Miriam.

Y lo que Alain había deseado que ocurriese desde que supiera por *Sir* Lawrence que la muchacha estaba en Londres, ocurrió. Miriam no dudó en entregarse a él aquella noche y en la penumbra del dormitorio, sus cuerpos entrelazados rememoraron viejos tiempos y finalmente, exhaustos y satisfechos se quedaron profundamente dormidos.

* * *

Cuando al día siguiente, Alain llegó al hotel donde se alojaba, el conserje le dijo:

—El inspector O'Brian de Scotland Yard estuvo llamándole anoche.

—Gracias. Póngame con él, por favor.

Alain se metió en una de las cabinas telefónicas que había en el vestíbulo, esperó unos minutos al cabo de los cuales oyó la voz de O'Brian.

—Comisario Fabré, el asesino de los jugadores de golf ha vuelto a actuar.

—¡Oh, Dios, no! ¿Quién ha sido la víctima esta vez?

—*Sir* Lawrence Morley.

Alain se quedó sin habla. Tardó unos segundos en decir:

—Voy para allá inmediatamente. Una cosa, inspector. ¿Lo han comunicado ya a la prensa?

—Lo saben desde el primer momento. La prensa inglesa es muy sagaz.

—¡Tiene que impedir que aparezca la verdad en los periódicos!
—¿Cómo?
—En cuanto llegue se lo explicaré —dijo Alain y colgó.
Quince minutos después estaba sentado frente al inspector O'Brian.
—¿Qué es eso de que tengo que impedir que aparezca la verdad en los periódicos, comisario? —preguntó aquel.
—Se me ha ocurrido una idea.
—Bien, le escucho.
—Se trata de que en los periódicos aparezca la noticia de que *Sir* Lawrence ha sido gravemente herido, no que ha muerto.
O'Brian se echó hacia atrás en su asiento.
—Empiezo a ver su idea. Piensa que si aparece esa noticia, el asesino querrá rematar a su víctima antes de que esta pueda identificarle.
—Exactamente.
—Y que tarde o temprano se presentará en el hospital para matar a *Sir* Lawrence.
—Así es, inspector. Y nosotros le estaremos esperando.
—No es mala idea, Alain. No perdemos nada con probarlo. Lo que ya no sé es si llegaremos a tiempo de impedir que los periódicos puedan rectificar la noticia —dijo el inspector descolgando el teléfono y pidiendo comunicación urgente con el gabinete de prensa de Scotland Yard.
Fabré encendió nerviosamente un cigarrillo. Se daba cuenta que estaban jugando contra reloj y que por lo tanto cualquier estratagema por pueril que esta fuera, podía servir para atrapar al asesino.
O'Brian colgó el teléfono.
—Nuestro gabinete de prensa intentará por todos los medios que se altere la noticia de la muerte de *Sir* Lawrence. Dentro de quince minutos sabremos algo.
Y en efecto, exactamente quince minutos después, sonó el teléfono. O'Brian se apresuró a descolgarlo, escuchó durante unos instantes y volvió a colgar.
—Hecho —dijo sonriendo—. Todos los periódicos anunciarán la noticia de que *Sir* Lawrence se encuentra gravemente herido en el Central Hospital.

—¡Magnífico! —exclamó Alain.

—Espero que la cosa resulte —dijo O'Brian.

—Yo también.

* * *

Alain estaba seguro de que si el asesino leía la falsa noticia, se tomaría un poco de tiempo antes de actuar. No demasiado, claro. Pero era lógico pensar que se aseguraría antes de dar el primer paso para matar definitivamente a *Sir* Lawrence.

Y ese lapso de tiempo lo aprovecharía para investigar a Simón Morley, su sospechoso número uno.

Media hora después estaba ante el 76 de la calle Mayflower. Se trataba de un bloque de apartamentos donde había bastante calma. Permaneció allí por espacio de una hora al cabo de la cual vio llegar un coche utilitario. Dentro del mismo iban el joven Simón y una muchacha con el cabello muy largo y una cinta en la frente.

Salieron del coche y se metieron en el bloque de apartamentos. Alain les siguió.

Los dos jóvenes subieron hasta el tercer piso y se metieron en el 81 A. El comisario permaneció un rato en el corredor y luego bajó a la calle. Decidió esperar a que volviesen a salir y entonces entraría en el apartamento de Simón para llevar a cabo un registro.

Tardaron más de dos horas al cabo de las cuales volvieron a aparecer sonrientes y abrazados y se metieron en el coche. Permanecieron en su interior unos diez minutos, charlando animadamente. Por fin, Simón puso en marcha el coche y se alejaron de allí.

Entonces, Alain cruzó la calle y se metió en el edificio.

* * *

El inspector O'Brian había dado las órdenes oportunas a todo el personal de la segunda planta del Hospital Central con el fin de que estuvieran al corriente de lo que se proponían hacer. También habló con el servicio de información del vestíbulo principal.

Habían habilitado la habitación 202 que se comunicaba con la 203 y que era la que ocuparía la policía. En la cama de la

habitación 202 metieron un muñeco de goma del tamaño de un ser humano y le colocaron unas sondas y oxigenoterapia.

—Hasta yo mismo caería en la trampa —dijo el sargento Curtis que se encontraba al lado de O'Brian—. Es perfecto.

—Lo que cuenta de verdad es que sea el asesino quien se trague el anzuelo, Curtis —murmuró el inspector.

O'Brian dio un último vistazo a su alrededor, apagó la luz de la habitación dejándola en una tenue penumbra y junto con el sargento y un par de agentes, se encerraron en la habitación 203.

Ahora era cuestión de esperar.

* * *

Utilizando una llave maestra que siempre llevaba consigo, Alain entró en el apartamento de Simón Lawrence. Todo estaba muy revuelto, incluida la cama. No cabía ninguna duda de que la pareja la había usado poco antes.

Las paredes estaban cubiertas de *posters* de cantantes modernos y había un par de guitarras en un rincón. Sobre un diván había varios libros de política y revistas.

El comisario miró uno a uno todos los muebles del apartamento. En una cómoda encontró una fotografía que le llamó la atención. En la misma estaban Simón y su abuelo, *Sir* Lawrence, abrazados y sonrientes. Estaba fechada dos meses antes.

Aquello significaba sin lugar a dudas que Morley y su nieto habían hecho las paces.

Dejó la fotografía en su sitio y siguió buscando. De repente, encontró algo que le sorprendió; era un revólver calibre 38. La verdad era que no esperaba que un pacifista como Simón fuese aficionado a las armas.

¿Habría servido aquel revólver para matar a alguno de los jugadores de golf?

Tenía que averiguarlo, así que se guardó el arma en un bolsillo de la americana.

No encontró nada más que llamara su atención y se dispuso a salir del apartamento cuando oyó pasos en el corredor. Cerró la puerta y escuchó. Las pisadas se detuvieron delante de la puerta y luego sonó el timbre.

Con mucho cuidado, el comisario abrió ligeramente la mirilla y vio un rostro que no le era del todo desconocido. Se trataba de Teddy Godfrey, el hijo de un conocido y millonario arquitecto, un mal aficionado al golf. Alain recordó que aquel muchacho de veintidós años, un tanto extravagante, había asistido con su padre al Club Internacional de Golf en más de una ocasión y que se había enamorado perdidamente de Miriam.

Naturalmente, ella le había ignorado siempre por completo aunque ambos aún mantenían una buena amistad.

—¡Eh, Simón! —oyó que exclamaba Teddy—. ¡Aunque estés con una chica, abre! ¡Maldita sea! Necesito que me prestes algo de dinero.

El muchacho volvió a llamar.

—¡Simón, abre! ¡Sé que estás ahí!

Cansado de llamar sin que nadie le hiciese caso, acabó por marcharse.

Alain esperó un par de minutos y finalmente, abandonó el apartamento.

* * *

Más tarde, en la hermosa finca que tenía en las afueras de la ciudad, el asesino leyó la noticia en los periódicos:

> *SIR* LAWRENCE MORLEY, PRESIDENTE DEL CLUB INTERNACIONAL DE GOLF, GRAVEMENTE HERIDO.
>
> «El asesino de los jugadores de golf ha vuelto a actuar, pero en esta ocasión, ha fallado. Afortunadamente, *Sir* Lawrence Morley ha salvado milagrosamente su vida aunque las heridas son muy graves y los médicos del Hospital Central no se atreven a dar un pronóstico».

El asesino arrojó el periódico sobre una mesa y acarició a «Goliat», su fiel perro.

—Tendré que arreglar eso —murmuró—. No puedo correr el

riesgo de que me descubra. ¡Ese puerco tiene que morir como los demás! ¿Verdad, «Goliat»?

El perro dejó escapar un ladrido.

Y el asesino sonrió siniestramente.

CAPÍTULO VIII

El perito en armamento le devolvió el revólver a Alain.

—Este arma no ha sido disparada desde hace mucho tiempo —dijo.

—¿Cuánto tiempo?

—Quizás cinco o seis meses.

—¿Está seguro?

—Por completo.

El comisario se sintió decepcionado. Esperaba que aquel arma hubiese arrojado alguna luz sobre aquel maldito embrollo y se había equivocado totalmente. Había llegado a pensar que Simón la había utilizado para asesinar a alguna de sus víctimas y ahora empezaba a dudar de que el muchacho fuese el culpable.

Estaba hecho un verdadero lío. Nada de lo que pensaba le salía bien. Era como dar vueltas en círculo. Siempre se acababa en el mismo sitio.

—Gracias por todo —le dijo al perito.

—De nada, comisario.

Abandonó Scotland Yard con el convencimiento de que jamás podría atrapar al asesino. Incluso empezaba a dudar de que la trampa que le habían tendido, funcionase. Porque una cosa era evidente, no tenían la completa seguridad de que aquel criminal se encontrase en Londres.

Quizás estuviese en otra parte del mundo, en busca de su próxima víctima.

¿Quién era aquel individuo? ¿Por qué solo atacaba a los jugadores de golf? ¿Qué tipo de resentimiento tenía contra ellos? ¿O solo era con unos cuantos? Hasta ahora todas las víctimas pertenecían al Club Internacional de Golf. ¿Es que acaso pensaba liquidarlos a todos? ¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué?

Consultó su reloj. Era la una y media. A las dos tenía una cita para ir a almorzar con Miriam.

Aquella perspectiva fue lo único que alegró un poco su decaído

estado de ánimo.

Se encontraron en un bar de Grosvenor. La muchacha estaba preciosa con aquel vestido de color blanco.

—¿Qué te sucede? —le preguntó ella—. Estás muy serio.

Por un momento Alan pensó contarle la verdad, pero pensó que no le iría mal descargar su bilis con alguien y le contó a la muchacha el motivo de su presencia en Londres. Lo único que le ocultó por aquello de la seguridad, fue la trampa que habían tendido al asesino en el Central Hospital.

—Ya sabía yo que me estabas engañando —se rio ella.

—¿De verdad?

—¡Claro! Sabía que te había traído a Londres algo más que unas simples vacaciones.

—Bueno, ahora ya lo sabes.

—Si me hubieses hablado con claridad te habría contado algo que tal vez te sirva.

Él la miró atónito.

—¿De verdad? ¿De qué se trata?

—¿Conoces a Teddy Godfrey?

—Sí… —Alain omitió decir que lo había visto hacía poco más de un par de horas llamando en el apartamento de Simón.

—Pues odia a todos los miembros del Club Internacional de Golf.

—¿Por qué?

—Porque no le dejan ser socio. Se cree que es una gran figura del golf. Y un día amenazó a todos con matarles.

—¿Qué?

—Fue durante una cena. Hace cinco o seis meses.

—No sabía nada de eso…

—A mí me lo contó Simón.

Alain se quedó pensativo.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó ella.

—No sé… —el comisario se encogió de hombros—. No me imagino a ese muchacho persiguiendo a sus víctimas hasta París, Nueva York, España…

—¿Por qué no?

—Creo que le faltan agallas.

—Sin embargo, sospechas de Simón.

—Ese es mucho más decidido. Para mí sigue siendo el culpable número uno.

—Pues yo creo que Teddy es mucho más peligroso que Simón, Alain —afirmó ella—. Teddy es una especie de niño mal criado e histérico, capaz de todo con tal de salirse con la suya. Le conozco muy bien.

—¡No sé, Miriam! —exclamó el comisario con cierta desesperación—. Este maldito asunto me trae de cabeza. De todos modos, es posible que vigile a Teddy. No se puede dejar suelto ningún cabo.

—Suele ir a un *pub* que se llama «Orfeón». Está en Picadilly. Y ahora olvídate durante un rato de ese asunto y vayamos a mi apartamento.

—No puedo, Miriam, y bien que lo siento.

—¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo rechazas la invitación de una chica que te quiere llevar a su apartamento para que le hagas el amor?

—Lo dejaremos para esta noche si no te importa, cariño.

—¿Tienes algo importante que hacer?

—Sí.

—¿Relacionado con el caso?

—En efecto. No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

—Claro que no. Te estaré esperando en mi apartamento alrededor de las ocho. ¿Te parece bien?

—Maravilloso.

Miriam se levantó.

—Hasta luego, Alain.

—Adiós.

Cuando el comisario se quedó a solas, se puso a pensar en las palabras de la muchacha respecto a Teddy. A lo mejor estaba en lo cierto. Quizá fuese mucho más peligroso que Simón, lo cual no quería decir que se tratase del asesino. Pero no estaría de más vigilarle. Sin embargo, ahora tenía algo que hacer.

Salió del bar, llamó un taxi y se hizo conducir al Central Hospital.

* * *

El sargento y los dos agentes estaban jugando a cartas. El inspector se entretenía leyendo una revista de actualidad.

Guando Alain entró en la habitación, el inspector se levantó de su asiento y se acercó parsimoniosamente al recién llegado.

—Sin novedad en el frente, mi general —dijo en tono de guasa O'Brian.

—Hay que darle tiempo al asesino para que lea la noticia —dijo Alain.

—Comisario, ¿cree usted de verdad que nuestro hombre se encuentra en Londres?

—Tengo mis dudas.

—Entonces, ¿qué diablos estamos haciendo aquí? —preguntó el sargento.

—Hay que tener un poco más de paciencia —dijo Alain encendiendo un cigarrillo.

—¿Cuánta más? —quiso saber el inspector O'Brian.

—Un par de días.

El sargento arrugó el ceño.

—¡No sé si voy a poder soportarlo! —exclamó—. ¡Este encierro me pone nervioso!

—Cálmese, sargento —dijo el inspector—. ¿Qué va a pensar nuestro colega francés de nosotros oyéndole hablar de ese modo?

El sargento dejó escapar un gruñido y siguió jugando a las cartas.

* * *

El asesino detuvo su coche y miró por la ventanilla en dirección al enorme edificio del Central Hospital. Consultó su reloj. Eran las cinco y media de la tarde. Una buena hora para intentarlo, mucho mejor que por la noche, cuando los policías se vuelven más suspicaces.

Aparcó el coche y se dirigió lentamente hacia la entrada del edificio.

Se acercó a una de las enfermeras que atendía la recepción.

—¿En qué habitación se encuentra Ronald Mason? —preguntó. La enfermera buscó en el libro de registro la letra «M» y de ese modo el asesino pudo ver que *Sir* Lawrence Morley se encontraba

en la habitación 202.

—Lo siento, pero no tenemos ningún paciente con ese apellido —dijo la enfermera.

—¿Está segura?

—Por completo.

—Es extraño. De todos modos, muchas gracias.

Hizo ver que se dirigía hacia la puerta pero en el momento en que la enfermera estaba atendiendo a otra persona, se metió en el ascensor y subió hasta el tercer piso.

* * *

Alain y el inspector O'Brian se encontraban junto a la ventana que daba al grandioso patio.

—Si dentro de dos días no hemos solucionado el caso, me tendré que volver a París —dijo el comisario.

—Bueno, habremos hecho lo que hemos podido. Espero que la Interpol tenga mejor suerte.

—¡Maldita sea! —gruñó Alain—. ¡Es el primer caso que dejaré sin resolver!

—Es usted muy joven, comisario —dijo el inspector—. Ya se acostumbrará a los fracasos con el tiempo. Nuestra profesión no es una ciencia exacta. Y solemos equivocarnos mucho.

—Sí, tiene razón, inspector.

De repente, sonó el teléfono interior.

El inspector voló a descolgarlo, escuchó durante un instante y finalmente asintió con la cabeza. Colgó y se volvió a los demás.

—El agente que vigila el corredor desde otra habitación, acaba de comunicarme que alguien se está acercando.

El sargento y los dos agentes se levantaron rápidamente y acudieron junto a la puerta que separaba las dos habitaciones. O'Brian y Alain, permanecían a la expectativa.

Se hizo un silencio total. El comisario sentía latir furiosamente su corazón. Quizás, después de tantas semanas de espera, había llegado el momento del triunfo.

De repente, vieron a través de la entreabierta puerta, que alguien penetraba en la habitación 202. Era una sombra que se movía con lentitud pero que avanzaba inexorablemente hacia la

cama dónde supuestamente debía de estar *Sir* Lawrence Morley.

Vieron que aquella sombra se disponía a utilizar un revólver con silenciador y entonces encendieron la luz.

El asesino se volvió, sorprendido.

Pero la sorpresa no fue menor en Alain que casi gritó:

—¡Miriam!

* * *

La condujeron a Scotland Yard. Una vez allí la metieron en uno de los despachos. La muchacha parecía enormemente tranquila, como si no le importase que la hubiesen cogido después de enterarse que había matado a *Sir* Lawrence Morley.

—Era el último que me faltaba y me habría dado mucha rabia fracasar —dijo mirando a los cuatro hombres que se encontraban con ella.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste? —preguntó atónito Alain.

—Quizás no sepas una cosa —respondió ella—. Pero mi padre se arruinó en los negocios. Y lo echaron del Club Internacional de Golf. Sí, Alain, le echaron. Hubo una votación. Tres votos a favor de que se quedase y cinco en contra. Ya puedes imaginarte quienes fueron esos cinco, Alain. Corben, Norman, Williams, Malcon Smith… y el propio presidente, *Sir* Lawrence Morley. Mi padre no se podía creer lo que había sucedido. Mientras fue rico, todo eran halagos. Cuando se arruinó, nadie le echó una mano. Cayó en una tremenda depresión y acabó ahorcándose. Yo le descubrí en su despacho, Alain. Colgaba como un pelele de una viga. Juré que le vengaría…

El Comisario sintió en ese momento una enorme pena por aquella muchacha de la que en cierta ocasión estuvo completamente enamorado.

Y cuando se la llevaban, después de haber prestado declaración, se volvió hacia Alain con una triste sonrisa en sus labios y dijo:

—Tú eres lo más hermoso de toda esta historia, cariño…

Y cuando Alain se quedó a solas, tuvo la impresión de que había vivido una pesadilla.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

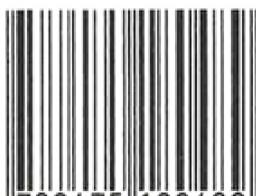
Todo esto lo encontrará en

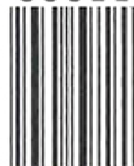
DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5





EDICIONES CERES, S.A.
Apartado de Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España 60 ptas.

Impreso en España